
NIEBLAS BLANCAS
P. DANGER
Ibañez
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

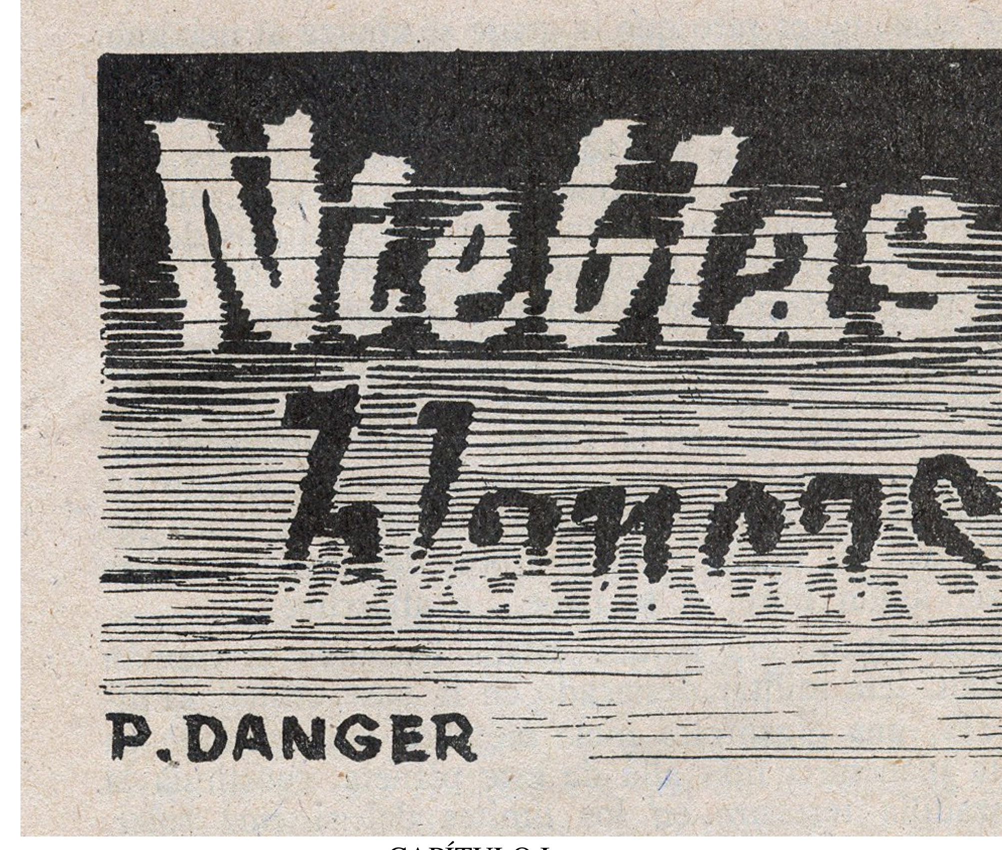

P. DANGER
NIEBLAS BLANCAS
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN

Depósito Legal. V. — 1644—1960.

EDITORIAL VALENCIANA.—VALENCIA

Número Registro 3667—1960.



CAPÍTULO I

La nube

Hay muchas cosas que son consideradas como aburridas, sosas y poco deseables en el mundo. Pero la que quizá venza a todas ellas por su monotonía, tedio y poca deseabilidad, es la de prestar servicio en una Estación Espacial.

Una Estación Espacial no es más que un mundillo artificial, cerrado, hermético, que gravita en medio del espacio o sobre el suelo de cualquier inhóspito planeta.

Y en ellas, no es raro que la gente se aburra al máximo. Prácticamente, allí no existe lo imprevisto, este factor sorpresa que hace que el hombre se aparte de su rutina habitual. Dejando a un lado los periódicos partes a la Tierra, nada más ocurre que sea digno de mención. Se explora el espacio, se anotan datos astronómicos de interés, se comprueban fotografías, espectros... todo cosas de la más perfecta organización y monotonía.

Dicho esto, es muy fácil adivinar que las diversiones escasean en una

Estación Espacial. La telerradio, en contacto directo con la Tierra, y las espaciopelículas, es lo único digno de verse, y aun solamente cuando los programas son aceptables. Aparte de esto, el único remedio que les queda a los hombres destacados en ellas es leer algún libro, si se tiene... o aburrirse.

Esto último era lo que estaba haciendo el capitán Randall, jefe militar destacado en la base orbital «Plutón II», una gigantesca mole metálica que, girando en órbita planetaria más allá de este planeta, constituía la avanzadilla terrestre en los límites del sistema solar. Dos horas antes había sido relevado en su puesto por Terry Nicolson, su ayudante y segundo en el mando, y ahora, sin nada más importante que hacer, se había tumbado en su camastro, sorbiendo lentamente un refresco de frutas (hay que hacer notar que en el espacio está totalmente prohibido el alcohol, salvo como elemento sanitario). Mientras, su mente vagaba con libertad por los campos de su amada Tierra, casi desconocida después de dos años enteros de ausencia. Con el pensamiento, ayudado por los estereofilms que se proyectaban en la base, se veía a sí mismo en compañía de dos rubias esculturales, visitando las cataratas del Niágara, las montañas de Suiza, la Selva Negra...

El zumbido del intercomunicador de la cabina, adosado a la cabecera del camastro, le hizo volver de golpe a la realidad del presente. Alargando un brazo movió una clavija, estableciendo comunicación.

En la pequeña pantalla del aparato apareció un anguloso rostro parcialmente surcado de arrugas.

-¿Qué hay, Mullens?

Mullens, el astrónomo de la base espacial, parecía estar nervioso por algo desusado, como si acabara de descubrir la existencia de una estrella desconocida hasta entonces. Después de unos breves carraspeos, demostrativos de que no sabía cómo afrontar la cuestión, comunicó:

-Verá, capitán. Se trata de que... he descubierto algo en el espacio. Algo que... creo le interesará. Desearía... desearía que viniera personalmente al laboratorio para echarle un vistazo...

La respuesta de Randall fue un gruñido. Sin duda el astrónomo había descubierto algo que no acababa de comprender, se dijo, y quería que él le diera el visto bueno. La realidad era que no le hacía la menor gracia subir los diez pisos que separaban su cabina del observatorio.

-¿Qué diablos es lo que ha descubierto? -preguntó, con su voz áspera-.

¿Una constelación en forma de oso pardo?

-No, capitán. Una... una nube.

Randall pegó un bote en el camastro que estuvo a punto de aplastarle contra el techo.

-Una ¿qué! -chilló.

-Una... nube, capitán. Ya sé que parece algo increíble, pero... le juro que es cierto. Es una nube blanca. Se encuentra situada a poca distancia de la base, y parece... parece como si se acercara a ella.

Randall soltó un bufido. Ahora comprendía porqué Mullens había vacilado tanto al darle la noticia. Una nube es algo corrientísimo... en la Tierra, donde hay atmósfera y vapor de agua suficientes para su formación. Pero en el espacio, donde la atmósfera es algo que brilla por su total ausencia, la presencia de una nube, fenómeno atmosférico al fin, es algo tan común como el hallazgo de una pistola protónica en las ruinas de un antiguo templo budista.

-¡Óigame, Mullens! -rezongó malhumorado, creyendo adivinar la raíz de todo el asunto- ¡Si es que se ha bebido otra vez el alcohol del botiquín...!

-No, capitán. Estoy sereno, se lo juro. Yo...

Randall, previniendo un chaparrón de protestas de inocencia, levantó una mano.

-¡Está bien, está bien, no discutamos! Ahora mismo subo a comprobar si es cierto... eso. ¡Pero téngame la boca abierta para cuando entre en el observatorio! ¡Quiero oler su aliento!

Cortó de un seco golpe la comunicación, y salió en estampida de la cabina.

* * *

En efecto, era una nube. De un color blanco lechoso, brillaba débilmente al ser herida directamente por los rayos del sol. Su estructura parecía ser gaseosa, móvil. Cambiaba de forma constantemente, adoptando tan pronto la esférica como la ovoidal, alargada, rómbica...

Randall no pudo por menos que descubrirse ante el astrónomo.

-Tenía usted razón, Mullens -murmuró, pensando en el patinazo que había dado-. Es una nube. O al menos, esto es lo que parece.

El aludido afirmó con la cabeza. En efecto, aparte su constante cambio de forma, tenía todo el aspecto de una nube blanca de la Tierra. Si no

fuera porque era imposible la existencia de una nube en pleno espacio...

Pronto empezaron a llegar los informes de los técnicos adscritos a los distintos departamentos de la base, movilizados a toda prisa para estudiar la estructura física del fenómeno. Así, Randall pudo ir enterándose de que aquella masa era efectivamente de consistencia gaseosa, de que no contenía en absoluto vapor de agua ni ningún otro elemento conocido...

Ordenó a Mullens que dispusiera el telescopio a su máxima capacidad de aumentos, y observó detenidamente la pantalla del mismo. Sí, mal que le pesase, debía admitirlo: ante él tenía una masa gaseosa con todas las apariencias de una nube. ¡Pero, según rezaban los informes, formada por elementos totalmente desconocidos y de una simplicidad extraordinaria!

Se volvió hacia Terry Nicolson, su ayudante directo, que desde que fuera comunicado el descubrimiento había permanecido a su lado.

-Necesito un voluntario que salga al exterior -le dijo-, e investigue todo lo investigable sobre este fenómeno. Búsquemelo. Asimismo, quiero que comunique con las bases de Europa, Deimos y La Luna[1], notificándoles el descubrimiento. ¡Y que todos los aparatos de investigación no se aparten un solo momento de la nube... o lo que diablos sea esta masa!

No fue difícil encontrar un voluntario. Jack Hartigay, un muchacho de no más de veinte años, fuerte y robusto, fue el primero en ofrecerse de una serie de otros veinte. Por derecho de prioridad, fue él el elegido. Se vistió su traje espacial, comprobó detenidamente todo el equipo, se metió en la esclusa de salida individual, y poco después flotaba por el espacio en dirección a su objetivo.

-¡Reduzca el telescopio a su diámetro de visión normal! -ordenó Randall a Mullens en el observatorio.

El astrónomo hizo lo indicado, y pudo distinguirse de nuevo la nube en su totalidad, ocupando un ángulo de la pantalla y flotando indolentemente en el espacio. Por el otro extremo de la pantalla no tardó en aparecer, como un gusano de luz, una pequeña mancha que dejaba tras sí una corta estela de fuego. Era Jack Hartigay, en su viaje hacia el extraño descubrimiento.

Randall se .acercó al aparato de radio mediante el cual podría mantener comunicación con el voluntario.

-¡Atención, Jack! Vaya informando de todo lo que vea de interés, al mismo tiempo que nos facilita datos concretos sobre esta dichosa nube. ¿Ha

comprendido? Corto.

-Okey, capitán. Allá voy.

No tardaron en llegar, acompasadamente, los informes de Hartigay. Según él, la nube parecía estar constituida por vapor de agua, aunque sus moléculas tenían una soltura y una movilidad extraordinaria. Constantemente cambiaba de forma, aunque su tamaño era siempre constante. Los bordes aparecían irregulares, semidiluidos en la negrura del espacio, como si se fundieran en él...

-Me estoy acercando a ella, capitán -continuó informando el muchacho-. La estoy viendo como si la tuviera a unos metros de distancia. Incluso parece que avanza hacia mí, como si quisiera abrir sus brazos para recibirme. Tiene gracia, ¿verdad?...

La voz se cortó bruscamente. Fueron tan sólo unos segundos. Después, en ritmo acelerado, les volvió a llegar atropelladamente:

-¡Es imposible, capitán! ¡Lo estoy viendo, pero es imposible! ¡Parece como si la nube quisiera atraparme en su interior! ¡Está emitiendo una especie de brazos hacia mí, que me inmovilizan y me arrastran hacia ella! ¡Está viva, capitán! ¡Está viva!

El tono con que fueron pronunciadas estas últimas palabras erizó los cabellos de todos los que las escucharon. ¿Qué podía sucederle al muchacho para que se hubiera alterado de aquella forma?

Randall se inclinó sobre el micrófono.

-¡Atención, Jack, escuche! ¡Comuníquenos inmediatamente todo lo que haya sucedido! ¡Atención, Jack, ¿me oye?

No hubo respuesta. Del receptor tan sólo surgían ruidos apagados, gemidos, como si alguien estuviera forcejeando contra una fuerza superior a él. Hasta que, de repente, todo ruido cesó.

-¡Dispongan el telescopio a los máximos aumentos! -aulló Randall.

Su orden fue cumplida rápidamente. Acercándose a la pantalla, movió los diales hasta centrar la imagen en el lugar que le interesaba. Y allí, tan cerca de la nube que parecía estar dentro de ella, pudo ver a Jack Hartigay, enfundado en su traje del espacio, completamente inmóvil, abandonado, como sin sentido...

Randall se pasó una mano por la frente, que se le había perlado repentinamente de sudor. ¿Qué le podía haber sucedido a Hartigay? Todo era

extraño en aquel endemoniado asunto...

-¿Enviamos otro voluntario, señor?

Randall volvió la vista hacia Nicolson, que era quien acababa de formular la pregunta, Tras breve vacilación, negó con la cabeza.

-No -respondió-. No sabemos qué le ha sucedido a Jack, y enviar otro hombre sería una locura.

-Entonces...

-Prepare una chalupa de salvamento, y designe a dos hombres para que me acompañen.

-¿Va a ir usted, capitán?

Randall hizo un gesto afirmativo.

-Sí. La responsabilidad es mía, Jerry; y por lo tanto he de hacerlo. Mientras, informe de lo sucedido a las bases de retransmisión con la Tierra. Ellos también deben saber lo que sucede.

Las chalupas de salvamento eran una especie de navecillas en forma de zapatilla invertida, muy semejantes a las canoas de motor. Su capacidad era de cuatro personas como máximo. En una de ellas tomaron asiento Randall y dos hombres más, uno de éstos frente a los mandos.

-Rectamente hacia la nube -ordenó el capitán.

La chalupa fue expulsada por uno de los tubos lanzadores de la Estación, y los tres hombres se encontraron aislados de repente en medio del espacio. El piloto dirigió el aparato hacia la nube que, al parecer indiferente a todo lo que sucedía en el satélite de acero, flotaba allá lejos.

-Preparen el cable magnético -ordenó Randall.

No sabiendo lo que le había sucedido a Hartigay, no quería exponerse acercándose demasiado a la extraña nube. Lanzarían el cable magnético desde una regular distancia, y éste se adheriría a las partes metálicas del traje espacial del voluntario, pudiéndolo así remolcar hasta la base. Después, ya verían lo que había sucedido.

Cuando llegaron a unos doscientos metros del cuerpo inmóvil, Randall hizo lanzar el cable. Un inaudible silbido se oyó en la chalupa al ponerse en marcha el sistema de aire comprimido, y de su parte inferior salió disparado una especie de garfio formado por tres voluminosos arpones en forma de trípode, atados a un resistente cable. Sin un ruido, el garfio fue a chocar contra el traje espacial de Hartigay, adhiriéndose a él.

-Regresen.

La chalupa hizo un amplio viraje, avanzando a gran velocidad mediante el impulso de sus dos toberas direccionales. Uno de los dos acompañantes de Randall se volvió para ver si el cuerpo de Hartigay les seguía y...

-¡Capitán, la nube nos sigue!

Randall dio un salto en su asiento, dirigiendo su vista hacia atrás. Lanzó una exclamación de sorpresa. ¡Era verdad!

Como un perrillo dócil, la nube seguía el cuerpo enfundado en su traje espacial. Había cambiado de forma una vez más, alargándose y formando una especie de irregular tubo, cuyos culebreantes movimientos parecíanse a los de una serpiente.

-Tenía razón Hartigay -murmuró Randall entre dientes-. ¡Está viva!

Y, volviéndose hacia los dos hombres que le acompañaban, ordenó:

-Vayan recogiendo el cable.

Cuando llegaron al costado de la base, el cuerpo inmóvil de Hartigay estaba ya casi rozando la chalupa. Rápidamente, el pequeño y veloz aparato penetró en la compuerta estanca, que se cerró a sus espaldas con seco chasquido.

Cuando la luz verde del indicador les hizo saber que la cabina contenía el suficiente aire respirable, los tres hombres salieron de la chalupa. En el mismo momento, la puerta de acceso se abrió y otros hombres aparecieron por ella.

-¡Pronto! -gritó Randall, dirigiéndose a estos últimos-. ¡Llévenlo a la enfermería!

Fue uno de los dos hombres que le habían acompañado quien le hizo ver la realidad.

-Creo que es inútil, señor -murmuró-. Mire.

Randall bajó su vista hacia el caído cuerpo de Hartigay. Y no pudo evitar que una exclamación de sorpresa surgiera de sus labios.

¡En la parte frontal de la escafandra, allí donde había el visor de cuarzo azul, un negro agujero demostraba cual había sido el fin del infeliz muchacho!

En medio de un silencio expectante, el capitán se arrodilló al lado del caído cuerpo. En el espacio, un agujero del traje equivale a decir muerte

segura. El aire respirable se escapa por la abertura, y el frío de cero grados absoluto penetra por ella, congelando instantáneamente el cuerpo que alberga en su interior.

Randall observó a través del visor, intentando adivinar tras el azulado cristal el rostro de Hartigay. Algo anormal debió entrever, pues de repente se puso en pie con el asombro pintado en sus facciones. Con voz extrañamente ronca, ordenó:

-¡Llévenlo inmediatamente a la sala de mandos!

La sala de mandos era el sancta-sanctórum de la base, un lugar donde sólo tenían acceso Randall y sus principales colaboradores. Apenas dos minutos después de haber dado el capitán su última orden, en ella estaban reunidas todas las principales personalidades de «Plutón II», rodeando una mesa sobre la que, cara al techo, yacía el cadáver de Hartigay, enfundado aún en su traje espacial.

-Señores -Randall, con un rostro grave indicador de malas noticias, atrajo la atención general-. He de comunicarles algo que juzgo deben conocer, pues atañe directamente a la seguridad de «Plutón II». Todos ustedes conocen la existencia, descubierta hace tan sólo una horas, de una extraña nube cerca de la base...

A medida que hablaba, sus manos iban desenroscando los pernos de seguridad de la escafandra de Hartigay. Cuando los tuvo todos sueltos, tiró de ella, y...

Todos los que se apiñaban alrededor de la mesa esperaron ver aparecer el rostro frío, congelado, con apariencias de hielo sólido, de Hartigay. Y aquí se llevaron la segunda gran sorpresa del día.

¡Porque en el interior de la escafandra no había absolutamente nada!

Sendas exclamaciones de sorpresa surgieron de todas las gargantas. Randall, una vez depositada la escafandra a un lado de la mesa, procedió a abrir el traje espacial. Sus manos temblaban al descorrer las cremalleras. Apareció un mono de trabajo, una cartera, unos objetos personales, una ropa interior... pero nada, más. De Jack Hartigay, destacado del primer satélite exterior del sistema solar, no quedaba ni el menor rastro.

-Señores -Randall estaba haciendo esfuerzos por aparentar serenidad-. Esto era lo que quería comunicarles. ¿Puede alguno de ustedes darme una explicación de cómo/ha desaparecido el cuerpo del voluntario Jack Hartigay?

Siguió un corto silencio. Después, alguien exclamó:

-¡Es totalmente absurdo!

Nadie, supo quién había pronunciado aquellas palabras, pero todos admitieron que reflejaban la más espantosa verdad. Un hombre no puede desaparecer así como así, sin dejar rastro. Algo completamente lógico y explicable tenía que haber sucedido...

Los hombres que rodeaban aquel traje vacío qué perteneciera a Jack Hartigay se miraron entre sí, y miraron a Randall, silencioso y grave como ellos. En todas las mentes bullía la misma interrogación: ¿Qué ha pasado? En todos los labios florecía el mismo comentario: ¡Es imposible!

Pero ni mente ni labios tuvieron mucho tiempo para formularse interrogantes. Los altoparlantes de la nave, conectados con el sistema automático de alarma, empezaron en aquel momento a vociferar una canción monótona y de tintes agoreros:

-¡Atención, atención! ¡Escape de aire en la escotilla número seis! ¡Todo el mundo debe vestir sus trajes espaciales! ¡Atención, atención! ¡Escape de aire...!

Todos los presentes se lanzaron entre sí miradas de sorpresa e incomprensión. Tan sólo para Randall tuvieron significación concreta aquellas palabras. E involuntariamente, se estremeció. ¡La escotilla seis era aquella por la cual había regresado la chalupa! ¡En su exterior había quedado la nube!

Inconscientemente, asoció la desaparición ilógica del cadáver de Hartigay y la fuga de aire en la escotilla seis con el mismo motivo: la nube. Y un escalofrío de loco pavor recorrió su espina dorsal.

Él aún no lo sabía, pero aquella fuga de aire marcaba, para la base orbital «Plutón II», el principio del fin.

CAPÍTULO II

Cementerio flotante

Bigs, el radiotelegrafista de «Pigmalión III», base terrestre instalada en la superficie del satélite Europa, levantó sorprendido la mirada hacia el comandante Ruggles, jefe supremo de la misma. Sin saberlo, de su boca salió la misma frase que pronunciara el capitán Randall poco antes:

-Parece como si se hubieran bebido todo el alcohol del botiquín, ¿no le parece, señor?

Ruggles hizo un gesto vago. En sí, la noticia que habían dado los de la base orbital era una completa locura. ¡Una nube en el espacio! Todo el mundo sabe que cualquier líquido o gas que se encuentra en el espacio se diluye rápidamente hasta desaparecer por completo. Claro que, en realidad, apenas se sabía nada en concreto de los misterios que encierra el vacío infinito, pero...

El intercomunicador de la cabina sonó en señal de llamada, y Ruggles supuso sería Hunter, el astrónomo de la base, a quien había encargado dictaminara la veracidad de la noticia que habían dado los de «Plutón II». Movió la clavija de comunicación y, en efecto, el rostro colorado del astrónomo apareció en la pequeña pantalla.

-¿Qué hay, Hunt...? -empezó a preguntar el comandante.

No pudo concluir la frase. La exaltada voz del otro, como un chorro, inundó la pequeña cabina:

-¡Es cierto, comandante! ¡Lo de la nube es cierto! ¡Se encuentra allí, muy cerca de la Estación Espacial!

Ruggles pegó un bote que, debido a la escasísima fuerza de gravedad del satélite, apenas paliada por los gravitadores artificiales, estuvo a punto de incrustarle en el techo.

-¡Diablos! -exclamó-. ¡Esto es más interesante de lo que parece! ¡Llame inmediatamente a Harper, Bill y Rodín! ¡En seguida estoy con usted!

Y volviéndose hacia Bigs, ordenó:

-Usted siga a la escucha, y transmítame toda novedad. ¡Hasta ahora!

Y salió de la cabina de comunicaciones como un vendaval.

El observatorio de la base planetaria estaba situado en la parte superior de un edificio de más de un centenar de pisos, en el centro mismo de la campana neumática que protegía a la gran ciudad-concha. Ascendiendo en un ascensor ultrarrápido hasta el lugar deseado, Ruggles llegó con el tiempo

justo de evitar que la puerta se cerrara en sus narices, tras un gigante rubio. Empujando y farfullando su precipitación, penetró en el interior de la sala. Al instante, todos los allí reunidos se cuadraron militarmente.

Eran cinco hombres, a cuál más dispar. Eric Hunter, el encargado del observatorio, era un hombre bajo, rechoncho, con cara de comerciante. A su lado, por orden de colocación, se encontraban Stan Harper, físico estelar, un hombrecito pequeño, de pelo entrecano y barbita de chivo; Bill Stack, un muchacho con aires de campesino, lo cual no le privaba de ser una autoridad en matemáticas astrales, y Albert Rodín, el gigantón que estuvo a punto de aplastarle la cara al comandante con la puerta, el biólogo-técnico-astrónomo de la Estación.

En aquellos momentos Hunter, el astrónomo, se encontraba inclinado sobre la pantalla del telescopio atómico, observando con atención algo que parecía ser de gran interés para él. Al ver llegar al comandante se enderezó, mostrándole la imagen que hasta entonces contemplara.

-Aquí está, comandante. Tenían razón los chicos del «Plutón II».

Ruggles se inclinó con curiosidad sobre la pantalla. Allí, ocupando el centro geométrico de la misma, podía divisarse una especie de enorme cigarro puro cortado por los dos extremos, de apariencia metálica, y lleno en su totalidad de remaches, compuertas y aparatos a cuál más raro. A su lado, casi rozándole, se encontraba una especie de nube, una neblina blancuzca que destacaba enormemente sobre el fondo negro del firmamento...

-¿Qué les parece esto, señores? -preguntó Ruggles, dirigiéndose a todos en general.

-Interesante, comandante. Muy interesante -repuso Harper, moviendo a espasmos regulares su barbita-. Algo digno de ser estudiado con detenimiento.

-¡Ajá! -exclamó Stack, solidarizándose con su compañero.

El otro, Rodín, ni siquiera dijo eso. Se limitó a soltar un gruñido, qué tanto podía decir sí, no, o quizás. Acercó su nariz a la pantalla, y observó con detenimiento la imagen que en ella se reflejaba.

-Sería conveniente estudiarlo más de cerca... -dijo al fin.

En aquel momento sonó la llamada del intercomunicador y Ruggles, casi sin moverse, le dio a la clavija. Junto con la imagen de Bigs les llegó su voz, algo excitada:

-¡Comandante, escuche esto!

Las cinco personas allí reunidas alargaron las orejas. El radiotelegrafista había conectado directamente la comunicación del «Plutón II» con la habitación donde se encontraban ellos, y así todos pudieron enterarse de las palabras cruzadas entre Hartigay y el capitán Randall. Al final, cuando el primero cesó bruscamente de comunicar después de su alterada exclamación, los cinco hombres se miraron entre sí.

-¿Qué diablos pasará? -inquirió Ruggles a nadie en particular.

-Quizás la nube sea la causante -aventuró Hunter, observando la pantalla del telescopio-. A lo mejor interfiere...

-Hummm...

Durante unos minutos en la estancia no se oyó el rumor de una sílaba. Cinco pares de ojos permanecían inmóviles, concentrados en la pantalla del intercomunicador. Cuando al fin la chalupa que saliera al rescate de Hartigay regresó a la Estación, Ruggles se apoderó del micrófono.

-¡Atención, atención, «Plutón II»! ¿Nos oyen? ¡Comuniquen novedades! ¡Atención Estación Espacial...!

Transcurrieron algunos minutos. Al parecer, el radiotelegrafista de la Estación había abandonado momentáneamente su puesto, pues el zumbido de la radio aún seguía oyéndose. Al cabo, tras larga y nerviosa espera, el aparato volvió a hablar:

-¡Aquí «Plutón II», en conexión con la base «Pigmalión III»! ¡Algo extraño ha sucedido aquí! Al parecer, Jack Hartigay...!

Silencio. Se oyó un apagado rumor de fondo, como una cantinela monótona. Todos los allí presentes supieron de qué se trataba: el servicio automático de alarmas acababa de entrar en funcionamiento. Y en este caso, el radiotelegrafista estaría bastante ocupado en colocarse su traje espacial, según indicaban las instrucciones, para casos de emergencia.

-¡Atención, base «Pigmalión III»! -el radiotelegrafista había terminado sin duda de vestirse el traje hermético, y les hablaba a través del micrófono de que éste disponía-. ¡Están sucediendo cosas muy extrañas en la Estación! ¡La alarma de inclusión de cuerpos extraños ha empezado a sonar sin motivo aparente! ¡En cuanto a lo sucedido a Jack Hartigay, se dice que ha desaparecido completamente del interior de su traje espacial...!

Siguió dando la información más extraña que pudieron oír los cinco,

hombres reunidos en la cabina observatorio de la base «Pigmalión III», en el satélite Europa. Y la última exclamación del radiotelegrafista desbordó a todo lo increíble:

-¡El comandante cree que la causa de todo está en esta maldita nube -comunicó-, y nos hemos dispuesto todos...! -una breve pausa, y después-: ¡Oh, no, Dios mío! ¡Allí está!

Después, silencio absoluto. Parecía como si, de repente, el radiotelegrafista se hubiera esfumado.

-¿Quién diablos ha cortado la comunicación? -rugió Ruggles.

-Nadie, señor -respondió Bigs desde la cabina de comunicaciones-. La radio funciona normalmente.

Ruggles fue a responder. Y hubiera dicho algo fuerte, de no haberle interrumpido Hunter:

-¡Cielos, comandante! ¡Mire la pantalla del telescopio!

Todos los ojos se fijaron instantáneamente en el rectángulo de cristal deslustrado. Y sendos gritos de sorpresa salieron de todas las gargantas.

¡Porque, en ella, la nube había desaparecido completamente!

* * *

Albert Rodín, sentado ante los mandos de la pequeña astronave, tenía los ojos fijos en la pantalla de televisión que le mostraba el espacio existente frente al aparato. En ella, aún lejos a pesar de la aproximación del teleobjetivo, podía divisarse la silueta de la Estación Espacial que sería su meta dentro de poco.

Rodín recordó lo sucedido en la sala del observatorio de «Pigmalión III», después de haberse interrumpido totalmente la comunicación con «Plutón II». Tras unos minutos de confusión, en los que todos quisieron exponer su opinión personal, la calma había renacido. Después de una breve deliberación, se había acordado por unanimidad enviar una nave a la Estación Espacial para constatar lo sucedido. Y él, como biólogo-técnico-astrónomo de la base, había sido designado para tripularla.

-¡Ahí está otra vez esta maldita nube!

La voz sobresaltó a Rodín antes de que se percatara de que provenía del aparato de radio, y que había sido pronunciada desde «Pigmalión III» por Hunter. Dirigió su vista hacia la pantalla de televisión, pudiendo comprobar la exactitud de la aseveración. La nube volvía a aparecer, asomándose por uno

de los costados del gran cilindro de la Estación. Pero...

Sintió cómo se le erizaban les pelos de la nuca al percatarse de un detalle: la masa gaseosa no se asomaba por detrás de la mole de la estación, ¡sino que parecía emerger de su interior!

-Aquí sucede algo raro -murmuró entre dientes-. Algo raro y terrible a la vez...

Una serie de agoreros presentimientos iban tomando forma en su cabeza. La radio de «Plutón II» no había dejado de funcionar por avería, ni tampoco a causa de interferencias. Su silencio había coincidido con la desaparición de la nube, y ahora éste volvía a aparecer, ¡pero del interior de la estación!

Decidió intentar de nuevo la comunicación. Quizá ahora, desaparecido el elemento perturbador de la nube... Adelantó una mano e hizo las conexiones debidas, lanzando al éter su contraseña. Silencio. Parecía como si en el interior de la gran estación espacial no hubiera nadie en disposición de contestar a su llamada.

Consultó su cronómetro. Habían pasado tan sólo diecinueve minutos desde que abandonara la base de Europa, aunque parecía que fueran más. Y todavía le faltaba mucho para alcanzar «Plutón II»...

El reloj iba avanzando con desesperante lentitud, mientras la nave trazaba la hipérbole que le conduciría hasta el punto exacto donde encontrar a la base espacial en su movimiento de rotación. Durante aquel tiempo, Rodín pudo apreciar cómo la nube se iba despegando de la estación, casi perezosamente, alejándose de ella y avanzando hacia un punto indeterminado en el interior del sistema.

-Parece como si buscara «Pigmalión III» -murmuró para sí mismo.

Y soltó un gruñido. No le hacía la menor gracia la idea...

Pasaron todavía cuatro interminables horas antes de llegar al lado de la enorme estructura de la estación espacial. Cuando los cascos de la nave y la estación casi se juntaron, Rodín lanzó una onda electromagnética que los fijaría entre sí, impidiendo se separaran. Después, comunicó a «Pigmalión III» que iba a efectuar un reconocimiento en el casco de la estación, se vistió su traje espacial, y se dirigió hacia la cámara estanca.

En circunstancias normales, al acercarse la nave, la estación hubiera tenido que lanzar una onda de identificación, indicar la esclusa de entrada a la

cual debería dirigirse, y preparar el anclaje del aparato. Sin embargo, y contra toda lógica, nada de esto había sucedido, confirmando a Rodín en sus temores.

-Aquí pasa algo raro... -repitió entre dientes, mientras esperaba que la esclusa se abriera.

Cuando esto sucedió, Rodín se encontró a menos de cinco metros del casco de la estación. Un ligero impulso hacia adelante, y los zapatos imanados de su traje espacial se adhirieron firmemente a la metálica superficie.

Durante unos segundos examinó la orientación de la gran nave que era la estación espacial. Según había leído en infinidad de ocasiones, ésta tenía en total diez compuertas de entrada: tres para naves de gran tonelaje, tres para naves de mediano tonelaje, y cuatro para pequeñas navecillas y chalupas de salvamento. Y si no recordaba mal, a su izquierda debería estar la esclusa tres, para grandes naves, y a la derecha, un poco hacia abajo, la esclusa seis, para chalupas.

Tras breve vacilación, se decidió por esta última. Mientras andaba por la metálica superficie en dirección a ella, pensó en las últimas palabras que oyera por radio desde la estación. Según ellas, se había registrado en alguna esclusa un escape de aire, con inclusión de cuerpo o cuerpos extraños. Ahora bien, el mecanismo automático de las esclusas estaba adaptado para que no pudiera abrirse ninguna de las dos puertas de seguridad de que constaban sin estar herméticamente cerrada la otra. Era una excelente medida de precaución, y siempre había dado resultado hasta entonces. Por lo tanto, si algún cuerpo extraño había causado una fuga de aire en alguna de ellas, equivalía a decir que lo había hecho por la violencia. Ahora bien, ¿cuál era el único cuerpo capaz de violentar dos planchas de acero superendurecido de más de cuarenta centímetros de espesor?

Las pocas dudas que pudiera tener al respecto se esfumaron tan sólo llegar al lado de la doble compuerta que formaba la esclusa número seis. ¡Porqué allí, en el centro del gran disco de acero, se podía apreciar un redondo agujero de regular tamaño, perfectamente modelado en el metal, y que lo atravesaba de parte a parte!

Con precaución, Rodín se asomó por él, observando la segunda compuerta. Y la vista le confirmó lo que ya esperaba encontrar.

¡La segunda compuerta ostentaba idéntico orificio que la primera!

Ya no le cupo ninguna duda de lo que había sucedido. Sin duda un

meteorito había chocado contra la pesada estructura de la estación, y...

Sabido es el desastroso efecto del impacto de un meteorito contra; el casco de cualquier nave espacial. Un pedrusco de no más de cinco kilos de peso es capaz de traspasar la más acorazada nave de parte a parte, si no se encuentra antes con el obstáculo del deflector.

Y si aquella desgracia habíale ocurrido a la gran estación...

Se decidió a penetrar en el interior. Los bordes del agujero parecían haber sido fundidos a gran temperatura. Como si el metal se hubiera reblandecido, presentaba un adelgazamiento progresivo que terminaba en una especie de romo. Rodín pasó la mano por él. La superficie era de tacto terroso, y se deshacía al contacto de sus guantes.

Cuando llegó al interior, bajo la pálida e impersonal luz de la nave, dirigió una mirada alrededor. Nadie a la vista. Todo permanecía solitario, desierto. Espantosamente desierto. Parecía como si la vida hubiera abandonado la estación de súbito, con precipitación. Por todas partes flotaba una sensación enorme de vacío, de soledad...

Anduvo algunos pasos, errante, sin saber hacia dónde dirigirse. Y de pronto...

Lo vio allí, tendido en el suelo, envuelto en el grueso caparazón de su traje espacial. Era uno de los hombres de la base. Tendido de espaldas, con el visor de su casco vuelto hacia el abovedado techo de la amplia habitación, permanecía completamente inmóvil, como si estuviera sin sentido... o muerto.

Rodín se acercó a él a grandes pasos. Cuando llegó a su lado, se arrodilló, acercando su casco al otro casco. Los cristales de los visores, de un color azul intenso para evitar las terribles radiaciones de los rayos cósmicos, no permitían observar con detalle el rostro del yacente. ¡Pero sí permitían ver el agujero circular que, casi frente a la boca, le atravesaba el yelmo!

Rodín sintió cómo un escalofrío le recorría la medula espinal. En el espacio, un accidente de aquella clase equivale a una muerte cierta por congelación. Por lo tanto, sabiendo que ya no podía hacer nada por él, se decidió a quitarle el yelmo al desgraciado. Desenroscó los pernos de seguridad, levantóle la cabeza al cadáver, tiró del casco hacia atrás...

Y dejó caer bruscamente el cuerpo que sostenía. ¡Porque en el interior del casco no había absolutamente nada!

La idea de que era víctima de una macabra broma pasó fugazmente

por su cabeza, pero la desechó al instante. No, no podía ser. Aquello equivaldría a un consejo de guerra para todo el personal de la estación espacial. Algo más grave tenía que haber sucedido en el interior de la gran base. Algo que escapaba por completo a su comprensión...

Levantóse, volvió a dirigir una mirada a su alrededor. Y sólo entonces se percató de algo que le había pasado desapercibido la primera vez. Si la perforación de la esclusa número seis había sido producida por un meteorito, lógicamente habría de existir, frente a ella, el orificio de salida del mismo. ¡Pero allí no había ningún orificio!

Durante unos momentos permaneció indeciso, rumiando aquel hecho fuera de toda lógica. Y entonces un nuevo detalle vino a aumentar la confusión que existía en su mente. A su izquierda, y por lo tanto fuera de la trayectoria de cualquier posible meteorito, había una compuerta que comunicaba con la sala de máquinas. ¡Y en el centro de ella, un agujero circular en todo idéntico al de la esclusa número seis, aunque de menor tamaño!

Decidido a todo con tal de poner en claro la situación, Albert Rodín se dirigió con paso rápido hacia la compuerta, con la intención de franquearla por los medios que fuera.

* * *

Tardó cerca de tres horas en recorrer todo el interior de la estación. A su paso, encontró muchas compuertas estancas de seguridad cerradas. Todas ellas presentaban un orificio circular, de bordes semifundidos, en su centro. Y tras las mismas...

A pesar de su habitual sangre fría, Albert Rodín no pudo evitar un estremecimiento. A lo largo de su recorrido había encontrado muchos trajes espaciales caídos en el suelo, con un orificio en el yelmo. En todos había realizado la misma operación de quitarles el casco, y en todos obtuvo el mismo resultado: ¡estaban completamente vacíos!

Cuando, ya verificada toda la inspección, volvió al lado de la perforada esclusa número Seis, sentía en su estómago un peso que no podía apartar a pesar de todos sus esfuerzos. La teoría de que un meteorito hubiera sido el causante del desastre de «Plutón II» estaba descartada por completo. Ningún meteorito es capaz de perforar todas las puertas estancas que halla a su paso, deteniéndose en cada uno de los hombres de la estación y haciéndoles

desaparecer inexplicablemente después de practicar un agujero en el visor de su yelmo. La causa tenía que ser otra muy diferente, y a la mente de Albert Rodín se presentaba clara y diáfana como el cristal.

¡La nube!

Salió lentamente al exterior de la gran base, convertida ahora en extraño e inmenso cementerio flotante, y se dirigió hacia su propia nave. De un salto se metió en la cabina estanca. Permaneció unos segundos aguardando a que la cabina se llenara de aire, hecho lo cual penetró en su interior. Y lo primero que hizo entonces fue dirigirse al aparato de radio e intentar establecer comunicación con la base «Pigmalión III».

Intentarlo solamente. Porque, a pesar de sus reiterados esfuerzos, ninguna de sus llamadas obtuvo respuesta.

Transcurrieron unos segundos antes de que Rodín llegara a comprender el probable significado de aquel silencio. Y cuando lo comprendió, sintió que algo le estallaba en el cerebro. Recordó que, durante su viaje de ida, la nube se había despegado de la base orbital, adentrándose en el espacio. El mismo había pensado que parecía dirigirse hacia «Pigmalión III»...

¡Cielos, no podía ser que en «Pigmalión III» hubiera sucedido lo mismo, que en la estación espacial! ¡Era imposible!

Como un loco, se arrojó sobre los mandos de la nave, poniendo en funcionamiento los .motores. Una prisa febril le invadió. ¡Debía regresar lo antes posible a la base, aunque tuviera que hacer estallar algún reactor!

Pero, a pesar de sus esfuerzos, todo fue inútil. Cuando llegó a «Pigmalión III», tan sólo halló una campana neumática con un gran orificio de bordes semifundidos en la parte superior, y en su interior multitud de trajes espaciales tendidos en el suelo, vacíos, y con un agujero en el yelmo.

Y por aquel entonces, la nube seguía su camino hacia la Tierra...

CAPÍTULO III

Una niebla extraña

Para quien no haya oído hablar nunca de él, Akron será simplemente un pueblo más perdido en la inmensidad del territorio de los Estados Unidos. Sin embargo, para las gentes que viven allí, Akron es poco menos que la capital del mundo. O al menos, según ellos, lo es en cuanto a estaciones meteorológicas se refiere.

En efecto, la estación meteorológica de Akron es una de las mejor montadas del mundo. Situada a media milla del corazón del pueblo, casi lindando a la carretera que conduce a Cleveland, es un edificio grande, moderno, y de amplias y bien montadas instalaciones, que recoge toda la información meteorológica aplicable a los estados de Ohio, Pensilvania, Virginia y Columbia, incluida la capital federal.

Entre otras grandes cosas, Akron acoge en su seno la figura del profesor Karl Devoe, físico meteorológico, una de las más autorizadas personas en la materia, capaz de «oler» un día lluvioso a cuatro semanas de distancia. Y el profesor Devoe acoge en el seno de su casa nada menos que a la persona de Helen Devoe, su hermana. «La única persona -según propia frase del profesor- capaz de mandarme algo a mí, con la seguridad de que voy a obedecerla.»

Aquella mañana, Helen se empeñó en que Devoe debía ponerse la bufanda. El profesor bufaba, rezongaba, pateaba... Ya empezaba a despuntar la primavera, y el frío no era tanto como para que la presencia de aquel engorroso adminículo fuera necesaria en su cuello. ¡Para qué diablos tenía que llevar él bufanda?

-¡Pero si hoy hay niebla! -intentó convencerle su mujer.

-¿Niebla? -el profesor recordó que la tarde anterior había dado, como pronóstico meteorológico, el de cielo despejado-. ¿Has dicho niebla?

-¡Sí, hombre, sí! ¡Ve a verlo tú mismo!

Devoe se acercó a la ventana de su domicilio, contemplando la calle a través de los visillos. Sí, en efecto, había niebla. Pero una clase de niebla rara, extraña. Formaba como una capa blanca a ras de suelo, y se movía suavemente, como impulsada por una ligera brisa. El profesor Devoe tuvo que reconocer que era una clase de niebla como no había visto nunca.

Por eso rezongó:

-¡Niebla, niebla!... ¡Esto no es niebla ni es nada! ¡Me voy al laboratorio a examinarla!

Y, diciendo, esto, tomó su abrigo del perchero y salió rápidamente del edificio.

Por una vez, la mujer no había logrado que le obedeciera.

En el exterior, Devoe se dirigió hacia el garaje anexo a la casa, donde guardaba el pequeño monorrueda de su propiedad que le servía para sus traslados. A su paso, la niebla parecía apartarse, como si temiera ser pisada por él. Al profesor le hizo gracia aquel pensamiento. ¡La niebla, huyendo de sus zapatos!

Sonriendo aún, sacó el llavero de su bolsillo e insertó la llave en la cerradura, abriendo la puerta del garaje. La volvió a sacar, y ya se adentraba en él cuando se fijó en algo extraño.

Se detuvo en el umbral, indeciso, sin acertar a realizar ningún movimiento, atento tan sólo al extraño fenómeno que contemplaban sus ojos. La delgada capa de niebla que hasta entonces permaneciera a sus pies iba espesándose, tomando consistencia y elevándose lentamente. Ahora ya ocupaba un grosor que llegaba hasta sus rodillas...

-Es extraño esto -murmuró pensativamente el profesor, observando los remolinos que formaba la niebla alrededor de sus piernas-. Parece como si quisiera envolverme...

Lentamente, la neblina blanca iba subiendo, subiendo. Casi imperceptiblemente, dos extremidades, a modo de tentáculos, iban destacándose en ella. Ahora ya no parecía un simple gas, sino algo consistente, sólido dentro de su movilidad. Y Devoe sintió como un cosquilleo de inquietud le recorría la espalda cuando pensó que aquello parecía algo vivo, latente...

Cuando quiso darse cuenta del peligro que corría, ya era demasiado tarde. La niebla le rodeaba completamente hasta la cintura, y las dos extremidades, las dos prolongaciones a modo de tentáculos iban ascendiendo hacia su mano derecha, donde todavía sostenía las llaves. Devoe intentó mover las piernas, avanzar, pero no pudo. Parecía como si tuviera los pies firmemente enraizados en el suelo. Los dos tentáculos se ciñeron en torno a su muñeca...

Devoe sintió como si le aplicaran a la mano un hierro candente. Las

llaves cayeron al suelo con metálico tintinear, y un alarido salió de la garganta del profesor. Su mirada descendió hacia el miembro herido...

¡Cielos, no podía ser! ¡Era imposible que su mano empezara a derretirse en una pasta sanguinolenta, como si fuera hielo sometido al calor! ¡Era totalmente inconcebible!

Quiso moverse, forcejear, luchar contra aquella fuerza que le retenía, pero estaba completamente inmovilizado. La niebla le iba rodeando por todos lados, ascendiendo cada vez más. Pronto empezó a notar en las pantorrillas la misma sensación de fuego que sintiera en la mano. Quiso gritar, pero ningún sonido salió de su garganta...

Cinco minutos después, en el lugar del suceso solamente quedaba un informe montón de ropa y unas llaves.

Eran las ocho de la mañana.

* * *

En los arrabales extremos de Cleveland se encuentra instalada una importante refinería metalúrgica, en la que trabajan más de doscientos operarios manejando un total de setecientas ochenta máquinas. Como jefe de todos ellos, John Albert ha de acudir cada día al trabajo un cuarto de hora antes que los demás, para poder vigilar y controlar su entrada.

Aquello representa un engorro, por cuanto John Albert ha de salir cada día de su casa antes de lo que sería normal. Sin embargo, tiene a su lado una ventaja: vive solamente a dos manzanas de distancia de la fábrica, por lo que en dos minutos escasos recorre sin esfuerzo la distancia.

Aquella mañana, John Albert salió de su casa más tarde que de costumbre. La culpa la había tenido aquella maldita radio, que se había resistido más que de costumbre a ser arreglada. Por eso, en un gesto de malhumor se embozó en su abrigo y empezó a andar con paso vivo hacia la refinería.

Por el camino, se fijó en la delgada capa de blanca neblina que alfombraba el suelo. Ciertamente, aquel era un espectáculo nuevo para él. Aquella era una clase de niebla muy extraña. Parecía nieve, aunque muy diluida en el aire. Y, a su paso, parecía apartarse como si no quisiera que la pisaran.

«Será la corriente de aire producida por mis pies», pensó con una lógica aplastante.

Siguió andando, pero pronto le preocupó otra cosa. A su paso, delante de él, la niebla iba adquiriendo mayor espesor, más consistencia, Pronto empezó a notar un extraño cosquilleo en las pantorrillas. Deteniéndose, se levantó las perneras del pantalón. Un poco de niebla se había introducido por ellas.

«¡Diablos! -exclamó para sí mismo-. Eso es extraño.»

Quiso seguir andando, pero notó que las piernas, a pesar de sus esfuerzos por moverlas, no le obedecían. Al mismo tiempo, le invadió una sensación como si le quemaran las pantorrillas. Sintió cómo se tambaleaba, e hizo esfuerzos por mantener el equilibrio. No pudo. Tras unas cuantas vacilaciones, se derrumbó en el suelo como un saco vacío. Su rostro se hundió en la ahora espesa capa de niebla, y al instante sintió como si lo hubiera metido entre brasas encendidas.

Fue la última sensación que sintió en vida. Minutos más tarde, cuando algunos obreros empezaron a llegar allí, camino de la fábrica, encontraron en el suelo un montón de ropas. Se inclinaron a observarlo, apartando para ello la capa de niebla que la semicubría...

Poco después, sus ropas aumentaban el montón informe que iba quedando en el suelo.

Eran las nueve de la mañana.

* * *

Cada día, a las once de la mañana, radio Pittsburg retransmite el boletín meteorológico del día para todo el estado de Pensilvania. Para ello, a las nueve de la mañana les llega una llamada telefónica desde el observatorio de Akron, dándoles los datos más importantes del mismo.

Aquella mañana, Jess Jarnis, jefe de programación de la emisora, empezó a renegar más pronto que de costumbre contra el observatorio meteorológico primero, y contra la compañía telefónica después. La razón: que desde Akron no llegaban los datos del boletín, y que cualquier llamada hecha a este pueblo o a Yoigstown, Canton o Alleghen, sitos todos en el mismo ramal telefónico, no era contestada. Algo debía fallar en la red de comunicaciones.

-¿Y qué hacemos ahora? -chillaba Jarnis a su paciente secretaria, sentada ante su mesa y con un block de notas en el regazo-. Nuestros oyentes esperarán como cada mañana el boletín meteorológico, y nosotros no

podremos ofrecérselo. Hay muchas personas que esperan oírlo para saber si hará o no buen tiempo, si podrán salir a pasear o al campo... ¡Y qué les decimos nosotros?

Levantando el lápiz hasta la altura de sus rojos labios, la secretaria insinuó:

-Podríamos sustituir como otras veces el boletín por un reportaje de índole meteorológica.

Jarnis abrió los brazos.

-¡Ya, claro! -exclamó-. Pero ¿sobre qué versamos este reportaje? No creo que a nuestros oyentes les interese oír la influencia de los monzones sobre la economías india y china.

-No, es verdad -reconoció la muchacha-. Pero sí les interesará oír algo sobre la extraña niebla que nos acaba de invadir.

En otras circunstancias, Jarnis apenas hubiera prestado atención a aquello, pero se trataba de salvar una emisión. Sus oídos se alargaron considerablemente.

-¿Qué niebla? -preguntó.

-Es verdad, usted aún no lo sabe -replicó la secretaria-. Me lo acaba de comunicar Pegg, la recepcionista. Al parecer, desde hace unos diez minutos poco más o menos, las calles están llenas de una capa de niebla blanca...

Jarnis se puso en pie de un salto, dirigiéndose hacia el gran ventanal que ocupaba todo un panel de la pared. A través de él observó la calle.

-Sí, tiene razón -murmuró-. No es mucho, pero nos puede servir. Podríamos decir, por ejemplo: Como todos nuestros oyentes habrán observado, desde hace apenas... ¿diez minutos ha dicho usted? Bien, desde hace apenas diez minutos, nuestras calles se han visto invadidas por una extraña niebla blanca...

La secretaria, eficiente, se había lanzado a trazar arabescos taquigráficos sobre su block. De repente, Jarnis se interrumpió, atraída su vista por algo que llamaba su atención. Gritó:

-¡Mire, Annie! ¡Venga para acá!

Como mujer, la secretaria era curiosa, y estaba muriéndose por ocupar el puesto de su jefe en el ventanal. Por eso no se hizo repetir la orden, y acudió corriendo al lado de Jarnis.

Éste estaba mirando atentamente hacia algo que ocurría en la calle. Y este algo no era ni más ni menos que un peatón que, en mitad de la niebla, parecía hacer tremendos equilibrios para mantenerse en pie. Al final, tras largas vacilaciones y traspiés, se derrumbó en el suelo. Pasaron unos segundos, y el hombre no se movió.

Y entonces fue cuando la muchacha lanzó un grito de horror.

-¡Mire, jefe! ¡Parece como si se estuviera derritiendo!

El reloj de los estudios de la emisora marcaba en aquel momento las diez y doce minutos de la mañana.

En aquel mismo instante, en Oil City, Titusville y varios pueblos más que formaban una especie de círculo alrededor de Akron, tenían lugar escenas muy similares a la descrita. Y en el astropuerto general de Washington, una nave que no tenía anunciada hora de llegada ni pista de aterrizaje tomaba tierra bruscamente, y de ella descendía con precipitación un hombre pidiendo hablar con el jefe militar del astropuerto.

Este hombre era Alfred Rodín.

CAPÍTULO IV

Dificultades

Justus Taussig, comandante en jefe del astropuerto internacional de Washington, meneó lentamente la cabeza de un lado para otro. Lo sentía mucho, pero no podía hacer nada. No quería exponerse a perder sus galones.

-Mi deber -explicó-, es retenerle aquí hasta que reciba órdenes superiores. Existen unas ordenanzas que están por encima de mí, y aun sintiéndolo mucho me he de atener a ellas.

Albert Rodín lanzó un hondo suspiro. Estaba ante un callejón sin salida. Por un lado, los descubrimientos que había hecho en el espacio, de un interés transcendental para la seguridad de la Tierra, le empujaban a seguir adelante. Pero por el otro lado se encontraba frente al alto muro de las ordenanzas militares, disponiendo que todo el que aterrizara en el astropuerto de Washington sin ninguna clase de salvoconducto ni autorización especial fuera detenido inmediatamente y puesto a disposición de la autoridad.

-Oiga, comandante -intentó argumentar una vez más-. Usted quizás no quiera comprenderlo, pero hay algo que he estado tratando de decirle por todos los medios hasta ahora. Algo ha sucedido allá arriba; algo terrible y espantoso a la vez. Y si yo no traigo ninguna clase de salvoconducto ni ha sido notificada mi llegada ha sido precisamente por esto: porque en las bases espaciales no hay nadie que haya podido hacerlo. ¡Todos han muerto, comandante! ¡Y un gran peligro sé cierne ahora sobre la Tierra; un peligro que ninguno de nosotros podemos ni siquiera imaginar, pero que es real, que existe, y va a causar un gran desastre si no lo conjuramos a tiempo!

-Bien, bien, lo comprendo. Ya le he dicho que daré parte al alto mando de todo cuanto me ha contado. Se abrirá una investigación en las bases espaciales, y si es todo tal como usted dice, actuaremos...

-¿Pero, no comprende que entonces será ya demasiado tarde? Cuando yo llegué a la base orbital de la Luna, hacía ya tiempo que la nube se había dirigido hacia la Tierra. ¡Tenemos que localizarla y destruirla antes de que suceda nada irreparable!

El comandante Taussig lanzó un suspiro y apoyó sus manos sobre la mesa.

-Lo siento -replicó-. A pesar de todo, yo no puedo hacer nada. Daré orden de que todo siga su curso legal lo más rápidamente posible, pero

entretanto he de dejarle encerrado a disposición de la superioridad.

Albert Rodín se dejó caer en un sillón, abatido. Se encontraba atado de pies y manos. Comprendía que Taussig no podía ayudarle en nada, que debía atenerse a lo que dictaban las ordenanzas, pero le desesperaba aquella situación. ¡Los estúpidos convencionalismos militares...! Un grave peligro se cernía sobre la Tierra, y él, la única persona que podía poner al mundo sobre aviso, era retenido en un astropuerto por haber tomado tierra sin tener los papeles en regla.

Hundió la cabeza entre las manos, intentando desesperadamente hallar alguna solución. Mientras, Taussig pulsó un botón del intercomunicador para ordenar que dos soldados vinieran a buscar a Rodín y lo encerraran.

Y en aquel momento una idea acudió a su mente.

-Comandante -llamó, poniéndose en pie de un salto-. ¿Puedo efectuar una llamada telefónica desde aquí?

Taussig dudó unos momentos, repasando mentalmente las ordenanzas. No, nada decían de que un detenido de la clase de Albert Rodín no pudiera comunicarse con el exterior. Dio su aprobación con un mudo «sí», y Rodín agarró rápidamente el videoteléfono y marcó un número de la propia capital federal.

Fue una mujer quien, tras unos instantes de espera, se puso al otro lado del aparato.

-¿El mayor Leo Strassen? -pidió Rodín con voz impaciente.

-Un momento -respondió la mujer.

Transcurrieron unos segundos, que Rodín esperó nerviosamente. Leo Strassen había sido un gran amigo de su familia. Desde que él era aún un niño, se había establecido entre los dos una sólida amistad. Quizás ahora pudiera ayudarle a. salir de aquel atolladero.

-¡Albert! -resonó de pronto en la estancia el vozarrón inconfundible del mayor-. ¡Te creía en Pigmalión, muchacho!

Rodín dirigió la vista hacia la pequeña pantalla del aparato, y pudo ver el rostro franco y enérgico del mayor, sonriéndole desde ella. No perdió mucho tiempo. Tras unas breves frases de salutación, pasó directamente al asunto: se encontraba en un apuro.

-¿Otro? -gruñó Strassen, perdiendo parte de su sonrisa-. ¡En qué lío te habrás metido ahora! ¡Te advierto que como sea algo de faldas...!

Rodín se apresuró a tranquilizarle. No, no era nada de faldas. Era algo mucho más grave.

El mayor frunció las cejas.

-¡Caramba, muchacho! ¡Me asustas! ¿De qué se trata?

Rodín explicó que era algo que no podía contar por el videoteléfono. Al otro lado, Strassen soltó un par de gruñidos por lo bajo.

-Bueno -acabó diciendo-. Si no puedes contármelo por el «video», ven a mi casa y allí me lo explicarás todo con detalle. Descuida que si es algo serio trataré de ayudarte por todos los medios qué estén a mi alcance.

Rodín replicó que ya se lo imaginaba, y miró al comandante Taussig. Éste, adivinando la muda pregunta, negó con la cabeza.

-Lo siento, Strassen -dijo Rodín por el aparato-, pero no me es posible trasladarme a ningún sitio fuera de donde estoy. Si pudiera usted venir aquí... Le advierto que el asunto lo merece.

El mayor volvió a soltar algunos gruñidos antes de dar su conformidad. Al final preguntó dónde se hallaba «enclaustrado» Rodín. Éste se lo dijo, y Strassen acabó afirmando que dentro de diez minutos estaría allí.

Rodín volvió a colgar el videoteléfono, dirigiéndose a Taussig.

-Bien, comandante -dijo-. Como habrá podido oír, el mayor Strassen vendrá dentro de unos minutos aquí, y tomará cartas en el asunto. Espero que él podrá ayudarme más que usted.

Taussig hizo un gesto ambiguo con los hombros. Quizá sí. Strassen pertenecía al Estado Mayor, y tenía muy buenas influencias por todos lados. Se alegraría de que pudiera ayudarle. Así él podría quitarse responsabilidades de encima.

Anuló la orden de hacer venir a los dos soldados, indicó a Rodín que aguardara en un sillón, y continuó con su trabajo.

Diez minutos después, puntual con su palabra, el coche que conducía al mayor Leo Strassen se detenía con seco chirrido de ruedas frente a la puerta del gran edificio de control del astropuerto internacional de Washington.

* * *

-¡Pero esto es inconcebible! ¡Fantástico!

Leo Strassen se detuvo en seco de su paseo, y contempló fijamente a Rodín. Éste, sentado en el mismo sillón en el que había estado aguardándole, permanecía con los ojos fijos en la puntera de sus botas.

-¿Estás seguro de que todo... esto ha sido producido por la nube?

Rodín afirmó con un mudo gesto.

-Está bien, si tú lo dices... ¿Cómo fuiste tú solo a investigar lo ocurrido en la Estación Espacial?

Rodín levantó la cabeza.

-No comprendo -murmuró.

-Lo natural es que fueran varias personas las que acudieran a averiguar lo ocurrido. ¿Por qué fuiste tú solo?

-¡Ah, esto! Pues... por un motivo muy sencillo. Según lo oído por la radio, algo grave había ocurrido en «Plutón II», pero nosotros no sabíamos con exactitud de qué se trataba. En la indecisión, no quisimos alarmar al resto de la base.

-Ya... de modo que saliste tú solo, pilotando una nave. Y entonces viste a la nube aparecer, según sus apreciaciones, del interior de la Estación, y dirigirse hacia «Pigmalión III».

-Sí.

-¿Cómo fue que no os cruzasteis?,

-La trayectoria de la nave era, como la de todas, hiperbólica. En cambio, la nube seguía una dirección rectilínea. Era imposible que nos pudiéramos cruzar, a menos que alguien hubiera variado el sentido de su marcha o su dirección.

-Sí, claro... Y de este modo, tú llegaste a «Plutón II», encontrándolo desierto. Volviste sobre tus pasos, y hallaste las demás bases espaciales en iguales condiciones que la estación. Y ahora afirmas que la nube en cuestión, causante de todas estas catástrofes, se dirige hacia la Tierra, mejor dicho, ya ha llegado a ella, y hemos de localizarla y destruirla antes de que pueda repetir aquí lo mismo que ha hecho en el espacio.

-Exacto.

-Bien, bien, bien... -Strassen reanudó sus paseos. Evidentemente, estaba más preocupado de lo que quería aparentar-. Esto es mucho más grave de lo que creía -murmuró. Volvió a detenerse, encarándose de nuevo con Rodín-. Supongamos que todo lo que me has contado es cierto -dijo-. Supongamos que todo ha sucedido tal como tú afirmas. En este caso, la nube ya habrá tomado contacto con la Tierra. ¿Hacia dónde supones tú que ha efectuado este contacto?

Durante unos momentos, Rodín pareció sorprendido por aquella pregunta. Juntó las cejas, en ademán meditabundo...

-Pues... -murmuró al fin, vacilante-. No se me ha ocurrido pensar en esto, pero teniendo en cuenta la posición de la Luna con respecto a la Tierra, las condiciones atmosféricas... En fin, creo que todas las posibilidades las tiene América del Norte. Concretamente, los propios Estados Unidos.

-Bien -Strassen gruñó por lo bajo unos momentos antes de añadir-: Precisa más. ¿Qué estado?

-Esto es algo más difícil de determinar. Indudablemente... indudablemente alguno de los de la costa Atlántica.

-¿Podría ser Ohio? -preguntó bruscamente Strassen.

-Pues sí, Ohio también... e incluso quizás hasta los Grandes Lagos. Aunque... ¿por qué precisamente este estado?

Strassen no contestó directamente la pregunta. Lanzando un hondo suspiro, murmuró:

-Albert; quizás vaya a, cometer la mayor equivocación de, mi carrera. Quizás, a resultas de esta aventura, vea mis galones rodar por el suelo, pero voy a ayudarte. ¡Porque, desde hace apenas, tres horas, la casi totalidad del estado de Ohio está completamente incomunicado, y en todas las poblaciones, antes de quedar silenciosas, la última comunicación ha sido para anunciar la presencia de una extraña niebla blanca!

CAPÍTULO V

Desolación

El heliorreactor de servicio volaba raudamente por sobre la capa de algodonosas nubes que envolvían el cielo. Bajo él, a ambos lados, por delante y por detrás, el blanco manto cubría el suelo. Nada más se divisaba a su alrededor...

Hacía apenas diez minutos que habían abandonado Washington, tras asumir Strassen la responsabilidad de dejar libre a Rodín y de ordenar el fletamiento del aparato, poniendo rumbo sin pérdida de tiempo a la primera ciudad que había dejado bruscamente de comunicar : Akron.

Durante el viaje, Strassen había puesto a Rodín en antecedentes de lo sucedido en el Estado de Ohio. Las comunicaciones se habían ido interrumpiendo escalonadamente, en una especie de círculo cuyo centro era precisamente Akron. Ahora, tres horas después de la primera interrupción, aquel círculo había alcanzado un radio aproximado de ciento cincuenta kilómetros. Una patrulla motorizada del ejército había salido hacia allí para hacer una investigación general de lo sucedido...

-¡Hay que ordenar el retroceso inmediato de esta patrulla! -había saltado Rodín al oír aquello-. ¡Si penetran en la zona afectada por la nube están perdidos!

Pero Strassen había ordenado calma. No quería arriesgarse demasiado. Cierto que algo grave debía de haber ocurrido en Akron y pueblos limítrofes, pero antes de hacer nada quería echar una ojeada a la zona afectada. Era mejor asegurarse del terreno que se pisaba...

-Akron -anunció brevemente el piloto.

Al mismo tiempo, el aparato se inclinó de costado, iniciando un rápido descenso. Strassen y Rodín acercaron sus rostros a las ventanillas. Allá abajo estaba el pueblo, con sus casas de antiguo estilo, su iglesia, con el campanario elevándose cual dedo hacia el cielo...

-Parece desierto -murmuró el mayor.

Rodín no respondió. En su mente estaba empezando a formarse un cuadro poco halagüeño de lo que probablemente encontrarían al descender...

El aparato se posó suavemente en el suelo, en medio de la plaza mayor de Akron. El remolino causado por sus aspas elevó una nube de polvo, en el que flotaban dispersas algunas prendas de ropa. Strassen y Rodín

saltaron al suelo, protegiéndose la cara del polvo. Cuando la nube se disipó, los dos hombres pasearon su mirada por alrededor.

-¡Santo cielo! -exclamó entonces el mayor, sin poder contenerse.

En el suelo de la gran plaza yacían multitud de prendas de ropa, tanto interiores como exteriores. El viento causado por el aparato había esparcido algunas, pero todavía podían verse conjuntos enteros: unos zapatos, unos pantalones, una chaqueta, con su correspondiente camisa y camiseta puestas en su interior, vestidos y zapatos de mujer, combinaciones...

Strassen permanecía inmóvil, estupefacto, como si no acabara de creer lo que estaba viendo. Rodín tuvo que agarrarlo por un brazo y arrastrarlo hacia el primer edificio que tenían frente a ellos, el Ayuntamiento. En mitad de la puerta de éste, abierta de par en par, yacía un montón de ropa en forma y posición humana. Los brazos caídos por encima del cuello, las perneras del pantalón semiabiertas, los zapatos mirando a uno y otro lado... Rodín se inclinó, entreabriendo la chaqueta y mostrando lo que había bajo de ella. Cada prenda estaba metida en correcto orden una dentro de la otra, sin ninguna señal, sin ninguna doblez. El reloj de pulsera, en el extremo de la manga de la chaqueta... Los calcetines, mitad dentro las perneras del pantalón, mitad dentro de los zapatos...

-Es horrible -murmuró Strassen.

Rodín no respondió. Agarrando al mayor, lo volvió a arrastrar hacia el interior del edificio. En una habitación, evidentemente una sala de espera, hallaron varios cadáveres (¿podían llamarse cadáveres a aquellos conjuntos de ropa, sin siquiera vestigios humanos en su interior?) de hombres y mujeres, que debían haber estado sentados en una hilera, de bancos que había a un lado. Frente a una máquina de escribir, en el rodillo de la cual había un expediente a medio rellenar, se encontraba un confuso montón de prendas femeninas, indudablemente de la secretaria que había estado sentada allí...

En todo el edificio, que recorrieron de punta a punta, tan sólo hallaron trajes vacíos, en palpable relación de lo sucedido. La nube, o niebla, o lo que fuera, había sorprendido a todos enfrascados en sus tareas habituales, dándoles sólo tiempo de levantarse sorprendidos antes de...

Rodín meneó la cabeza como queriendo apartar aquellos pensamientos de su cabeza. Salieron de nuevo a la plaza. Aquello no bastaba aún. Debían buscar en todo el pueblo, intentar hallar algún asomo de vida...

Recorrieron las restantes casas una por una. Rodín tenía que ir arrastrando a Strassen, que no atinaba a moverse siquiera. En algunos sitios tuvieron que forzar las puertas, pero Rodín lo hizo sin ninguna vacilación. Siempre encontraron las mismas huellas: montones de ropa en el suelo, en idénticas posiciones que las últimas que adoptaron en vida los cuerpos que habían contenido...

Después de haber recorrido todo el pueblo, casa por casa, Rodín no pudo hacer más que admitir la cruda realidad: no había ningún ser vivo en él. Ni personas, ni animales... nada; Por todas partes la misma soledad, la misma desolación.

-Bien, mayor -dijo-, ya lo ha visto todo. ¿Qué piensa hacer ahora?

Strassen pareció despertar de un profundo sueño. Paseó de nuevo su mirada por la plaza mayor, a la que habían vuelto después de su terrible incursión. Sólo entonces musitó, con voz ronca:

-¡Espantoso! ¡Infernalmente espantoso...!

-¡Ya lo sé! -se exaltó Rodín-. ¡Es espantoso, pero no podemos quedarnos quietos aquí, diciéndoselo a estos montones de ropas! ¡Hemos de hacer algo, movernos, actuar!

Strassen afirmó con la cabeza, intentando apartar las brumas que intentaban oscurecerle el cerebro. El choque emocional había sido muy fuerte para él.

-Tienes razón -murmuró-. Hemos de hacer algo, poner sobre aviso al Pentágono, al Capitolio, a la Casa Blanca... -de pronto se volvió hacia Rodín, los ojos febriles-. ¡Pero es imposible! -exclamó-. ¡Absurdo! ¡No puede ser que una simple niebla, o nube, o lo que diablos sea, esté dotada de vida propia! ¡Se aparta de toda lógica!

-Sí, ya lo sé -Rodín meneó la cabeza-. Es imposible que tenga vida, pero la tiene a pesar de todo. ¡La tiene Strassen, y junto con ella posee voluntad propia y unos poderes inconcebibles y extraordinarios! ¡Es un ser inteligente al que nos enfrentamos, no una simple nube, niebla y otro fenómeno similar!

Siguió un silencio. Allí, en medio de aquella plaza desierta, cuya única nota diferenciadora la constituía el inmóvil aparato del heliorreactor, los dos hombres se sumían en sus pensamientos. De pronto, Strassen agarró por un brazo a Rodín, apretándoselo fuertemente.

-¡Debes ayudarme, Albert! -chilló-. ¡Tú me has metido en esto, y debes ayudarme a salir! ¡Explícame los motivos de que esta niebla tenga vida! ¡Haz que vea claro en este maldito asunto!

Rodín meneó la cabeza de un lado para otro.

-Lo siento -replicó-, pero yo no puedo hacerlo. Se necesitaría estudiar, someter a examen esta niebla antes de emitir alguna teoría sobre ella. Y yo solo no podría hacerlo tampoco. Necesitaría ayuda...

La presión sobre su brazo se hizo más fuerte.

-¿De quién? -preguntó anhelante Strassen.

-Sólo hay una persona en el mundo capaz de desempeñar con éxito esta labor: el profesor Jean Vaillon. Él fue quien me inició en todo lo que sé de biología y física molecular. Creo que, si hay alguien capaz de ayudarnos, sólo puede ser él.

-De acuerdo -exclamó Strassen, soltando el brazo a Rodín-. Iremos a verle, le pediremos ayuda, y...

No pudo continuar. En aquel momento, como recordando de súbito algo de extrema gravedad, Rodín dio un salto.

-¡Cielos, Strassen! -gritó-. ¡No había caído en ello hasta este momento! ¡Debemos actuar rápidamente!

El mayor quedó perplejo unos segundos.

-Sí, claro, actuar rápidamente. Pero... ¿por qué?

La respuesta de Rodín no pudo ser más escueta y más reveladora a la vez:

-Porque Jean Vaillon tiene alquilada para sus experimentos una casa laboratorio en Cumberland, a sólo cien kilómetros de Pittsburg. ¡Y hace ya rato que la niebla ha llegado a Pittsburg!

CAPÍTULO VI

Rescate

El profesor Jean Vaillon disponía, desde hacía mucho tiempo, de una pequeña finca-laboratorio en las cercanías de Cumberland, casi lindando con la nueva autopista que enlaza Pittsburg con Washington. Era una casita pequeña, de estilo modernista, con un pabellón anexo en el que Vaillon había instalado uno de los más adelantados laboratorios en materia física y biológica. A él se trasladaba cuando llevaba algo importante entre manos, y necesitaba de concentración y soledad.

En aquellos momentos, precisamente, se encontraba en el laboratorio, enfrascado en la realización de un experimento que consideraba era de la máxima trascendencia para su carrera científica.

Con gran pericia, manejaba aparatos, comprobaba tensiones, repasaba diales... En sus ojos brillaba una chispita de ansiedad mientras iba de un lado para otro comprobándolo todo, disponiéndose para la gran prueba.

Y llegó el momento de efectuarla.

A su lado, Elizabeth Sage, su única sobrina, ayudante y colaboradora, permanecía esperando las indicaciones del profesor. Y éstas no tardaron en llegar.

-Alcánzame la bombona de helio -pidió.

La muchacha se apresuró a entregar lo pedido, y Vaillon tomó la bombona entre sus manos. Se dirigió a un complicado y pequeño aparato, no mayor en tamaño que una caja de zapatos. Tomó un tubo articulado que comunicaba con él, y enchufó el extremo libre a la boca de la bombona. Abrió la espita de paso de ésta, y observó un cuadrante graduado del aparato. Cuando la aguja móvil llegó a la cifra deseada, cerró el paso al gas, desenchufando el tubo articulado y devolviendo la bombona a la muchacha. Después, observó atentamente el aparato.

-Éste es el experimento definitivo, Liz -murmuró-. De su éxito o de su fracaso depende el que la física atómica dé un vuelco completo, echando por tierra todas las teorías actualmente existentes respecto a la transformación de la materia.

Se frotó las manos contra las perneras del pantalón, con evidente nerviosismo. Con paso rápido, se dirigió hacia el gran depósito de agua potable que había adosado a la pared. Tomó un vaso de cartón de una pila de

ellos, lo llenó, bebió su contenido de un solo trago, y después de arrojar el vacío vaso a la papelera volvió al lado del aparato.

-Bien -dijo-. Vamos a hacer la última experiencia, y que sea lo que Dios quiera.

Al lado del pequeño aparato existían un par de cables sueltos, que comunicaban por uno de sus extremos con un cuadro eléctrico. Vaillon cogió el otro extremo libre de cada uno, y los enbornó respectivamente a ambos lados del aparato. Hecho esto, y después de comprobar la fijeza de los bornes, se volvió hacia Elizabeth.

-Prepárate -indicó-. Voy a hacer los últimos ajustes. Cuando yo te lo indique, conecta a mil cien voltios susceptibles de aumento.

Durante unos minutos manipuló los controles del aparato, comprobando que todo estaba en regla, observando los diales, las esferas indicadoras... De pronto ordenó:

-¡Conecta!

La muchacha estaba ya preparada. Levantó una palanca, dando paso a la corriente. Después, volvió sus ojos para observar el trabajo del profesor.

Éste permanecía inclinado, atento al movimiento de las agujas de dos indicadores situados en la parte superior del aparato, que oscilaban en intermitencias graduales en busca de la cifra máxima.

-¡Mil trescientos! -gritó de pronto Vaillon.

Elizabeth se apresuró a regular los mandos del trasformador de alta intensidad, aumentando la de la corriente. Al instante, las agujas empezaron a oscilar con más fuerza. Al final, una de ellas se detuvo al máximo. La otra continuó oscilando hasta detenerse a tres cuartas partes de su camino.

-¡Mil quinientos! -chilló el profesor, con los ojos desorbitados fijos en la aguja.

Al recibir el nuevo aumento de intensidad eléctrica, ésta dio un corto salto hacia adelante, deteniéndose cuando sólo faltaban dos unidades para alcanzar el máximo.

-¡Corta!

La forma con que fue pronunciada aquella palabra indicó a la muchacha que el experimento no había alcanzado el éxito deseado. Bajó la palanca, cerrando el paso a la corriente, y esperó.

Vaillon se apartó del aparato. Al dejar de recibir el impulso de la

electricidad, las dos agujas habían vuelto al punto cero. El profesor se secó el sudor de la frente con un pañuelo.

-Quedan dos iones inestables -murmuró-. Dos iones que no acaban de conjugarse...

Se volvió súbitamente hacia la muchacha. Sabía que lo que iba a hacer era peligroso, que traspasar la barrera de los mil quinientos voltios podía traer consigo la explosión del aparato, pero iba a intentarlo.

-Vamos a hacer la última tentativa -pronunció-. Vamos a emplear el máximo de corriente. Si falla...

Regresó al lado del aparato, haciendo una nueva revisión general. Ordenó, sin mirar a Elizabeth:

-Ve aumentando la intensidad hasta llegar a los mil quinientos. Cuando lleguemos a esta cifra, avísame.

De nuevo las agujas empezaron a moverse, avanzando hacia la cifra máxima. Como la vez anterior, la primera llegó hasta el final, inmovilizándose. La segunda fue avanzando, retrocediendo, volviendo a avanzar...

-Mil quinientos -anunció la muchacha.

Vaillon dio un puñetazo, contra la mesa. ¡Sólo quedaban dos iones inestables! ¡Tenía el éxito al alcance de la mano, pero no podía terminar de agarrarlo! ¡Si al menos...!

Iba a ordenar un nuevo aumento de intensidad, cuando algo distrajo su atención, al fijarse sus ojos en la pequeña puerta que comunicaba directamente con el exterior.

¡Y este algo no era ni más ni menos que un poco de neblina blancuzca que se deslizaba lenta y suavemente por la ranura inferior de la hoja de la puerta!

Aquello sirvió para que el profesor se olvidara momentáneamente de su experimento. Aquel fenómeno tenía de por sí mucho de extraño para no reparar en él al primer golpe de vista.

-Que raro... -murmuró, observando el progresivo aumento de la niebla que iba penetrando en el laboratorio-. Liz, ¿has observado por casualidad que hoy hubiera niebla en el exterior?

La muchacha, que también acababa de apercibirse del fenómeno, negó con la cabeza.

-Es muy raro... -volvió a murmurar el profesor.

Y, dominado por la curiosidad, avanzó unos pasos. Inclinándose un poco, adelantó una maño hacia la niebla...

En aquel momento, la otra puerta que existía en el laboratorio, que comunicaba con el resto de la casa, se abrió con violencia. Y en ella se enmarcaron el mayor Strassen y Rodín, la respiración agitada de ambos por una rápida carrera.

Rodín fue el primero en percatarse con exactitud de la situación. El laboratorio, la muchacha, el profesor... ¡y la niebla!

Antes de que el asombrado Vaillon pudiera decir algo, Rodín dio un salto hacia adelante, gritando:

-¡Cuidado, profesor! ¡Apártese!

En aquel preciso momento la niebla, a la que había dado la espalda Vaillon al oír abrirse la puerta, estaba tomando espesor y disponiéndose a lanzarse al ataque. Comprendiendo que los segundos eran preciosos e inútiles las palabras, Rodín se lanzó contra el profesor, agarrándole de un brazo y tirando de él hacia adelante. En aquel mismo instante, la niebla cerraba el, dogal en torno a su presa...

-¡Strassen! ¡Ayúdeme a sacarlos de aquí!

El mayor no se hizo repetir la indicación. Hombre de rápidos reflejos, en seguida se percató de lo que debía hacerse. Sin mediar palabras, agarró al profesor y a su sobrina, todavía no repuestos de su mayúscula sorpresa y desconcierto, de sus respectivos brazos, y tiró de ellos con fuerza.

-¡Suélteme! -aulló el profesor-. ¡Mis aparatos!

Pero Strassen, sin hacer ningún caso de las exclamaciones de Vaillon, continuaba tirando. Mientras, Rodín examinaba de un vistazo la situación: Strassen necesitaría al menos unos minutos para lograr poner a salvo al profesor y a su sobrina. Debía darle tiempo para ello. ¡Y la niebla estaba ya lanzándose contra él!

Sus ojos recorrieron los alrededores buscando algo que le pudiera servir como defensa momentánea. Y se fijaron, como única cosa utilizable, en una regular barra de hierro, colocada a modo de soporte sobre una mesa.

Sin dudar, la agarró. No creía que le pudiera servir de mucho, pero al menos tendría algo con qué defenderse. Tomándola por un extremo, la descargó con furia incontenible contra la niebla que ya estaba peligrosamente

cerca de sus pies.

-¡No pueden sacarme de aquí por la fuerza! ¡Mis aparatos! -oyó gritar aún al profesor, al que Strassen, arrastrando hacia la puerta, intentaba hacerle ver en dos palabras el peligro que representaba aquella al parecer inofensiva niebla blanca.

Rodín siguió golpeando con la barra, intentando en vano causar algún daño material a la niebla que flotaba a sus pies. Inútil tentativa. La barra caía inofensivamente sobre la niebla, la traspasaba igual que si fuera humo, y terminaba golpeando sordamente contra el suelo de la habitación.

Rodín fue retrocediendo lentamente, sin cesar por ningún momento en sus golpes. Comprendía que todo era inútil, que a pesar de que pegara con todas sus fuerzas no causaría ningún daño a aquella maldita masa gaseosa, pero al menos aquello le permitía pensar que luchaba, que combatía. En un recurso tonto, infantil, fue reduciendo sus golpes, levantando la barra con más ímpetu, descargándola con más saña...

Y entonces sucedió.

Fue simplemente un accidente por partida doble. En uno de esos momentos, Rodín levantó la barra dispuesto a asestar otro de sus inútiles e ineficaces golpes. Y en su ascenso, la barra chocó con fuerza contra el depósito de cristal que contenía el agua potable. El depósito se rompió al golpe con estrépito de vidrios rotos, y el agua se esparció por el suelo, formando un enorme charco. Al mismo tiempo, la barra se enredó en los cables eléctricos que conducían la corriente hasta el aparato en el que trabajara el profesor. Y al intentar Rodín liberar la barra, el aparato cayó con seco chasquido al suelo, destrozándose.

¡Y sucedió lo increíble!

El aparato fue a caer sobre el agua, y los extremos desnudos de los cables entraron en contacto con ella. Se produjo un breve chispazo al romperse el aparato ¡y la niebla pareció retorcerse epilépticamente, dio algo muy semejante a un salto de carnero en el aire, y retrocedió!

Durante unos segundos Rodín permaneció inmóvil, sorprendido por lo que acababa de suceder. No tardó en reaccionar, empero. Comprendió lo sucedido. El agua es el mejor conductor de la electricidad que existe. Y al chocar los dos cables con ella, la corriente se había extendido por todo el charco. A él le habían salvado sus botas de gruesa suela de goma, actuando

como aislantes, pero no así la niebla, que la había recibido en su plena masa. Y se había resentido de ella.

¡La niebla era vulnerable a la electricidad!

Comprendió que, al menos momentáneamente, aquello le favorecía. Soltando la barra y dejándola caer al suelo, se plantó de un salto en la puerta del laboratorio. Sin preocuparse de lo que dejaba a sus espaldas, recorrió la casa a toda marcha, saliendo al exterior en el momento en que Strassen acababa de subir al heliorreactor. Corrió hacia allí, imitándole. Y el aparato se elevó del suelo en el preciso momento en que la niebla, como inspirada por el olor de la carne humana, ¡acudía rápidamente hacia el aparato desde la parte posterior de la casa!

* * *

-...y cuando nos dimos cuenta de que la niebla se encontraba ya muy cerca de donde tenía usted su laboratorio, acudimos rápidamente a su rescate. La situación era tan extrema, que sobraban las palabras. Quizá a sus ojos procedimos como un par de esquizofrénicos, pero en aquellos momentos no podíamos irnos con remilgos. De no haber sido así, a estas horas usted y su sobrina no serían más que un montón de ropa en el suelo, en trágica evidencia de lo sucedido.

El profesor Vaillon asintió levemente con la cabeza. Ahora lo comprendía todo. Sin embargo, el relato le había impresionado tanto que no tenía fuerzas para, hablar. Nieblas blancas, cuerpos desaparecidos, montones de ropas vacías...

-Es espantoso -murmuró-. Terriblemente espantoso.

-Sí -asintió Strassen, que ya se había recuperado completamente de la impresión recibida en Akron-. Y hemos de combatir esta plaga antes de que se extienda demasiado y cause más víctimas. Por esto le necesitamos a usted.

-¿Qué hemos de hacer?

El mayor meneó levemente la cabeza.

-Ante todo, ir al Pentágono y poner sobre aviso al Departamento de Defensa de los Estados Unidos. Quizá no nos crean, quizá nos tachen de locos, pero debemos hacerlo. Después... no sé. Seguramente tendremos que evacuar las zonas próximas a la niebla, intentaremos combatirla, acaso estudiarla... Pero antes debemos convencer a los dirigentes del Pentágono. Esto es lo fundamental.

No dijo más. Todos comprendían cuál era la misión que tenían que realizar. Una misión ardua, ingrata, incluso peligrosa, pero que debían realizar por encima de todo, pues de su éxito o fracaso dependía quizá el futuro de la humanidad.

El aparato sobrevolaba Washington...

CAPÍTULO VII

Operación «Nieblas Blancas»

Doce horas después de los sucesos relatados, todas las medidas de seguridad habían sido ampliamente tomadas.

La embajada del mayor Strassen en el Pentágono había sido un completo éxito. El asunto no había tardado ni dos segundos en interesar a los altos dirigentes del gran edificio militar, y el Departamento de Defensa en pleno había sido convocado a una reunión ultrasecreta de emergencia. Y, desde ella, las órdenes habían partido como ráfagas hacia todas partes. Las poblaciones más cercanas a la zona afectada fueron rápidamente evacuadas, declarándose en todos los estados de Ohio, Pensilvania, Indiana, Detroit y Virginia, la ley marcial. Ingentes cantidades de soldados fueron enviados a los alrededores de la zona donde operaba la niebla, y una multitud de aviones de reconocimiento patrullaron los aires, siguiendo al milímetro sus avances.

Pronto empezaron a conocerse los resultados. La niebla se iba extendiendo gradualmente, formando una especie de círculo dentro del cual todo quedaba devastado. Su tamaño, en comparación al que le había visto Rodín en el espacio, había aumentado enormemente, y continuaba haciéndolo constantemente a pasos agigantados. Sin embargo, pronto llegó a abarcar más espacio del que su extensión le permitía. Y entonces, lejos de detenerse, se dividió, se fragmentó en varias partes ¡que continuaron independientemente su avance, sin preocuparse ninguna de ellas de las demás!

Aquello convenció definitivamente a los altos dirigentes del Pentágono que urgía tomar una determinación. Ahora ya no era una niebla blanca contra la que se tenía que luchar, sino varias nieblas blancas, multitud de nieblas blancas susceptibles de reproducirse, de dividirse en otras nieblas que a su vez se subdividirían en otras...

Todos comprendieron que debían acabar con aquel peligro antes de que se extendiera demasiado, amenazando la seguridad de toda la Tierra. Y la única solución que existía era destruir a las nieblas, eliminarlas con cualquier medio antes de que fuera demasiado tarde...

Así nació la operación «Nieblas Blancas».

Y con ella empezó el ataque. Cada una de las nieblas fue sometida a la acción de todas las armas conocidas, tanto ofensivas como defensivas. Fueron bombardeadas intensivamente con toda clase de bombas, sometidas al

fuego de los lanzallamas, al frío y al calor de los proyectiles térmicos, a la virulencia de las nubes bacteriológicas...

Todo en vano. Las nieblas continuaron impertérritas su avance, como si las bombas y los proyectiles que recibían continuamente fueran meras caricias. Las armas modernas no las afectaban en ningún modo...

Decidióse entonces intentar el último recurso. Aunque aquello significaba devastar una enorme zona del suelo de los Estados Unidos, cubriéndola de radiactividad; aunque significaba destruir la habitabilidad futura de casi toda la extensión de los estados de Ohio y Virginia, sobre el conjunto de nieblas fue arrojada una bomba atómica tipo «Supra-uno».

Inútil. ¡A pesar de la gigantesca explosión, a pesar de la gran cantidad de radiactividad que inundó aquella zona, las nieblas siguieron su avance como si nada hubiera sucedido!

* * *

Los periódicos de todo el mundo se ocuparon extensamente del asunto «Nieblas Blancas». El gobierno de los Estados Unidos había decidido de principio guardar el secreto de la índole de lo sucedido durante un tiempo prudencial, y esto hizo que los periódicos, con el fin de cubrir su falta de, noticias concretas, dieran rienda suelta a su fantasía. Al grito de «¡Algo pasa en América!», las portadas de todos los grandes rotativos se enriquecieron con grandes titulares anunciadores de sensacionales reportajes, todos en «rigurosa exclusiva mundial». No fue raro leer, en letras de molde, titulares como: «¡Grandes zonas de los Estados Unidos de América están siendo urgentemente despobladas, arrojándose sobre ellas grandes cantidades de bombas atómicas!»; «¿Qué peligro amenaza a los EE.UU.? ¿Se trata de una invasión terrestre?»; «¡Los marcianos invaden la Tierra! ¡Naves provenientes de nuestro vecino planeta han tomado tierra en el estado de Ohio! ¡Lean nuestra información confidencial en exclusiva...!», y así sucesivamente.

La gente, crédula al fin, se creyó todo lo que leía, y las distintas versiones de lo sucedido circularon de boca en boca, aumentando y desfigurándose progresivamente...

En este estado de cosas, a las diez de la noche del día siguiente al de la llegada de la nube a la Tierra, Washington era una ciudad desierta.

La ingente tarea de lograr que los dos millones de seres que poblaban la ciudad[2] se trasladaran hacia el Sur sin ocasionar demasiados disturbios fue

una verdadera obra de gigantes. La gente, ignorante en su mayor parte de todo lo que sucedía, quería saber, saber y saber. Muchos eran los que se resistían a abandonar la ciudad, clamando a gritos por su calidad de ciudadanos libres a quienes no se les podía obligar a hacer algo que no deseaban. La policía y el ejército, actuando conjuntamente, intentaron convencer a los reacios, lográndolo tan sólo después de muchos esfuerzos. Hubo algunos disturbios, naturalmente, pero por suerte no alcanzaron ni con mucho la gravedad que se esperaba... y temía.

Entonces, cuando la ciudad quedó completamente desierta, en el gran edificio del Capitolio se celebró una reunión político-militar de urgencia, antes de ser abandonado éste definitivamente. En ella, entre otras personalidades, se encontraban el mayor Strassen, el profesor Vaillon y Albert Rodín.

Durante los primeros minutos, la reunión transcurrió por los cauces de un verdadero maremágnum. Todo el mundo intentaba hablar a un tiempo, en vano intento de exponer sus propias y personales ideas. Al final, tuvo que ser el presidente de los Estados Unidos quien pusiera coto a la situación, clamando por el silencio. Y cuando éste se hubo restablecido, empezó la reunión.

El propio presidente fue quien dio la explicación de lo sucedido en pocas palabras. Apenas llegada a la Tierra, la niebla había empezado a extenderse, formando una especie de círculo en cuyo interior todo quedaba muerto, devastado. Y el círculo se iba agrandando por momentos...

-Señores -concluyó su disertación-: Hasta ahora hemos sometido a las nieblas a la acción de todas las armas que poseíamos, desde la simple bala de pistola a la tan temida bomba atómica «Supra-uno». Y he aquí el resultado: ninguna les ha hecho mella. A pesar del continuo fuego graneado a que las hemos sometido, su avance ha continuado rápido, imperturbable. Hasta ahora hemos logrado evacuar los lugares donde el peligro era mayor, pero las nieblas siguen extendiéndose por momentos. Si los cálculos no fallan, dentro de diez o doce horas se encontrarán aquí, en Washington. ¡Y si la situación continúa así, llegará un momento en que ocuparán toda la extensión de los Estados Unidos!

A esta afirmación siguió un espeso silencio. Todos los presentes se miraban entre sí con aprensión, reflejando un gesto temeroso en sus

semblantes. Las palabras del presidente habían calado mucho más hondo de lo supuesto...

-¿Quiere decir con todo esto que las nieblas son invulnerables? -preguntó uno de los reunidos.

El presidente se encogió levemente de hombros.

-No lo sabemos -replicó-, y por eso les he reunido. Indudablemente ha de existir algo que pueda vencerlas, pero nosotros aún no lo hemos podido encontrar. ¡Y sin embargo, debemos hallarlo! ¡Debemos hacerlo antes de que sea demasiado tarde...!

-¡Un momento!

Todos los rostros se volvieron hacia Vaillon, que acababa de ponerse en pie. El presidente le interrogó con la mirada.

-Ya hemos hallado este elemento -afirmó Vaillon-. Hemos hallado algo a lo que las nieblas no le son indiferentes: la electricidad.

Un rumor apagado se levantó entre los asistentes a la sala. Sin hacer caso de ello, Vaillon continuó:

-Como todos ustedes deben de saber ya, el mayor Strassen y el señor Rodín, vinieron a rescatarme a mi casa-laboratorio de Cumberland en el preciso momento en que las nieblas la invadían. Según me ha contado después el propio Rodín, allí sucedió algo cuya explicación no supe hallar al principio, pero que después de meditar sobre ello creo ver claramente. Por un afortunado accidente, podríamos decir, un depósito de agua potable que se hallaba adosado a una pared del laboratorio se rompió, esparciéndose por el suelo su líquido contenido. Al mismo tiempo dos cables eléctricos, positivo y negativo, cayeron al suelo entrando en contacto con el agua que se había encharcado. Todos ustedes saben que el agua es el mejor conductor de la electricidad que existe en la Tierra, por lo que ésta se extendió por todo el charco instantáneamente. Pues, bien, en el mismo momento en que esto sucedió ¡la niebla pareció dar un salto en el aire, como si hubiera recibido una fuerte sacudida, y retrocedió!

-¿Eso quiere decir...? -murmuró uno de los reunidos ansiosamente. Y, aunque no concluyó la frase, todos se imaginaron el final.

Vaillon negó con la cabeza.

-No, yo no he dicho que la electricidad destruyera a las nieblas, por el sencillo motivo de que éstas retrocedieron tan sólo a su contacto. Lo que he

dicho ha sido, simplemente, que eran afectadas por la electricidad. El simple motivo de que las nieblas sean materia y la electricidad energía, explica el que esto suceda. Al igual que el hombre, al igual que la mayoría de los animales, las nieblas *sienten* la electricidad, *pero no son destruidas por ella*.

-¿Entonces...?

Vaillon paseó su mirada por los allí reunidos.

-Simplemente, señores: Hasta ahora, nosotros no conocemos nada en concreto de las nieblas, excepto su extraordinario poder de hacer desaparecer los cuerpos humanos y de atravesar los materiales más duros. Como ha dicho muy bien el señor presidente, debe de existir algo que las destruya, pero ¿cuál es este algo? No podemos ir probando cada una de las armas usadas por la humanidad a través de todos los tiempos, en espera de hallar una que por casualidad sea la indicada. Hemos de encontrar la solución cuanto antes.

»Sin embargo, para poder hallar remedio a una cosa hemos de saber antes cuál es esta cosa. O sea, señores: necesitamos conocer la constitución de las nieblas.

-Pero...

-Comprendo lo que quieren decir. Para saber su constitución necesitamos capturar una de ellas. ¿Y cómo capturarla, si no hay prisión capaz de retenerla?

»Muy bien, señores. Yo creo tener la solución. Hasta ahora no podíamos hacerlo; sabíamos que todos los materiales, por fuertes y resistentes que fueran, eran atravesados por las nieblas con tanta facilidad como un bloque de mantequilla. Pero ahora tenemos la solución: la electricidad. Según lo observado, la electricidad afecta a las nieblas. No las destruye, pero las inmoviliza, impidiéndolas que puedan actuar. Así, si construimos una caja metálica por cuya superficie circule una corriente de alta intensidad, y logramos atrapar una niebla, encerrándola dentro de ella, habremos logrado nuestro objetivo. Entonces podremos estudiarlas, dictaminar su composición y sus propiedades, y, con un poco de suerte, hallar su punto débil y combatirlas antes de que se extiendan demasiado.

El presidente, atento hasta entonces a las palabras de Vaillon, fue a sentarse en su silla. No sometió el asunto a votación. Simplemente, se limitó a preguntar:

-¿Cómo ha pensado realizar todo esto, profesor?

Vaillon sonrió levemente. Tras unos instantes de silencio, empezó a explicar con toda clase de detalles el plan que había ideado. A medida que iba hablando, diversos ruidos de aprobación salían de todas las gargantas.

Y cuando terminó, todos los asistentes a la reunión, por unanimidad, aprobaron su proyecto.

Poco después, la operación «Nieblas Blancas» era dejada momentáneamente de lado. Y la operación «Captura» empezaba a ponerse en marcha...

CAPÍTULO VIII

Momentos de angustia

Era a la vez un magnífico y terrible espectáculo el de aquella superficie completamente blanca, inmaculada, como algodonosa, que ocupaban las nieblas.

El aparato, un enorme heliorreactor de transporte, volaba raudamente a escasa altura por sobre el terreno invadido completamente por el extraño ser. A bordo, además del piloto, iban tres personas: el profesor Vaillon, el mayor Strassen y Albert Rodín.

A pesar de que se habían empleado todos los medios para disuadirle de su propósito, el profesor Vaillon no había querido ceder su puesto en la aventura. Ni siquiera al exponerle el razonamiento de que él era probablemente la única persona en el mundo que podía dictaminar con exactitud sobre las nieblas, y que su pérdida, caso de suceder este desgraciado evento, sería fatal para el porvenir de la Tierra, le hicieron apearse de su burro. Juzgaba que él había ideado el procedimiento de capturar una niebla, y que él debía personalmente ponerlo en práctica. No había más a discutir.

Por eso, al comprender que todo lo que se hiciera para disuadirle sería inútil, se decidieron tomar todos los elementos de precaución posibles para que la misión pudiera llevarse a buen término. Todo el aparato había sido recubierto en su parte exterior por una red eléctrica de alta tensión, conectada a una serie de baterías especiales que aseguraban alimento de corriente por un período prudencial de siete horas. Asimismo, en previsión de un fallo de esta red eléctrica, cada uno de los ocupantes del heliorreactor llevaba puesto, excepto la escafandra, un traje espacial totalmente electrificado.

La rapidez con que había sido efectuado todo, la premura del tiempo de que se disponía, habían hecho imposible equipar más de un aparato con la red protectora. Por esto, sólo el heliorreactor en el que viajaban Vaillon, Strassen y Rodín sobrevolaba ahora las nieblas. En el costado izquierdo, firmemente sujeta al fuselaje y también recubierta por una red eléctrica, había sido instalada una caja metálica de regulares dimensiones: era la trampa dispuesta para recibir a las nieblas. Como cebo, se había colocado lo que más parecían desear éstas: carne. Un par de conejos vivos, encerrados en una jaula de tela metálica al fondo de la caja. Se suponía y esperaba que las nieblas, atraídas por el «olor» de la carne viva, acudieran hacia la trampa, se

introdujeran en su interior, y...

Vaillon observó por el cristal electrificado de una de las ventanillas. Adelantando el torso, indicó al piloto:

-Descienda hasta casi rozar el suelo.

El piloto obedeció, no sin cierta aprensión. Las versiones que circulaban respecto a las nieblas entre el elemento civil y militar de la población desplazado por la invasión habían sido muy desfiguradas... y eran muy temibles. Se presentaba en ellas a las nieblas como monstruos apocalípticos que devoraban carne humana, seres inteligentísimos, de una civilización superior a la .terrestre, que querían dominar al mundo... y naturalmente, a pesar de todas las explicaciones dadas por Strassen antes de principiar el vuelo, aquella proximidad no le hacía la menor gracia.

-Siga descendiendo -volvió a ordenar Vaillon, con el rostro pegado a la ventanilla-. Hasta el máximo.

Strassen y Rodín se acercaron, imitando al profesor en mirar hacia bajo. Las nieblas se agitaban a pocos metros de ellos, como si olieran la carne humana que viajaba en el heliorreactor. Cuando el aparato llegó hasta casi rozar el suelo con su tren de aterrizaje, las nieblas alcanzaron el paroxismo de la inquietud. Se lanzaron hacia arriba hasta casi chocar contra el fuselaje, pero retrocedieron de nuevo rápidamente. La electricidad las hacía mantenerse a raya.

-¡Aterrice y pare los motores! -ordenó Strassen imperiosamente, animado por lo que acababa de ver, lo cual testificaba la efectividad de la protección.

El piloto, temblándole ligeramente las manos, obedeció. Y entonces el profesor, rodando entre sus manos la cajita de mandos que regulaba el funcionamiento de la trampa, oprimió el botón que interrumpía el paso a la corriente y abría la puerta de acceso.

Al instante, la célula fotoeléctrica colocada en su interior indicó que las nieblas habían penetrado en ella como una tromba.

-¡Magnífico!

Vaillon se apresuró a oprimir otro botón, y la puerta de acceso se cerró automáticamente, reanudándose el funcionamiento de la red eléctrica. La célula fotoeléctrica siguió detectando la presencia de niebla en el interior de la metálica caja.

Así, mediante este procedimiento, se había logrado capturar una niebla[3].

Asomándose a la ventanilla, los tres hombres pudieron ver cómo en los alrededores de la caja las nieblas permanecían apretadas, formando un muro espeso que intentaba lanzarse contra ella. ¡Pero en ningún momento llegaban a tocar su superficie!

-¡Magnífico! -volvió a repetir Vaillon.

Y Strassen, como elemento militar de mayor graduación del grupo y, por lo tanto, jefe de la expedición, ordenó al piloto:

-¡Elévese! ¡A toda marcha!

Éste se apresuró a cumplir la orden, contento de abandonar aquel lugar que se le aparentaba como un paraje del infierno. Adelantando una mano hacia el botón del encendido, se dispuso a poner en marcha los reactores de las aspas.

Pero no llegó a completar el movimiento. En el mismo momento en que su mano se apoyaba sobre el botón de puesta en marcha, se oyó un crujido... ¡y el aparato se inclinó violentamente de lado!

Sorprendidos por el inusitado movimiento, Vaillon, Strassen y Rodín rodaron hacia un lado, perdiendo el equilibrio. Durante unos segundos permanecieron en confuso revoltijo. Después, cuando se recuperaron de la sorpresa y se levantaron de nuevo, sus ojos se volvieron al unísono, interrogadores, hacia el piloto.

Éste trabajaba en los mandos, mucho más asustado de lo que evidentemente intentaba aparentar. Strassen preguntó, con tono de voz alterado:

-¿Qué ha sido esto?

El piloto continuó verificando los mandos. Sin volverse, respondió:

-El tren de aterrizaje, señor. Una de las ruedas laterales ha debido de partirse...

Venciendo la inclinación del aparato, el mayor se dirigió hacia la cabina de mandos, transponiendo la puerta que separaba ésta del compartimento de carga.

-¿A qué cree que ha sido debido? -volvió a preguntar-. ¿Cabe acaso la posibilidad de un accidente?

El piloto meneó la cabeza en señal negativa.

-Es imposible, señor. Las ballestas de seguridad están diseñadas de modo que no pueden ceder todas a la vez. Es imposible que se haya roto el eje de una rueda. Deben haber sido estas malditas nieblas...

Y pronunció estas palabras con un evidente tono de rencor. El hombre hablaba solamente impulsado por su supersticioso temor a lo desconocido, a lo que transponía los umbrales de su inteligencia. Sin embargo, y aun sin saberlo, acababa de dar en el blanco.

Rodín, al oír sus palabras, se puso en pie de un salto.

-¡Cielo santo! -exclamó-. ¡Las nieblas!

Y se abalanzó contra el mirador de una de las ventanillas, observando hacia el exterior.

Para el profesor Vaillon, que no había intervenido directamente en la habilitación del aparato, limitándose tan sólo a indicar el procedimiento de hacerlo, las palabras de Rodín carecieron por completo de significación concreta. No así para Strassen el cual, comprendiendo lo que acababa de pasar por la mente del otro, se abalanzó hacia la ventanilla.

La espesa niebla que los rodeaba, no pudiendo acercarse directamente al aparato, se había deslizado bajo su vientre, rodeando con sus neblinosos gajos el triple par de ruedas eme formaban el tren de aterrizaje. Y si bien todo el fuselaje del cuerpo del heliorreactor había sido protegido por una red eléctrica, la parte de las ruedas con sus respectivos ejes, y las aspas, partes finas y sobresalientes del resto de la estructura, se habían dejado sin protección. ¡Y ahora las nieblas, con su extraordinario poder destructivo, estaban atacando el tren de aterrizaje!

Comprendiendo la gravedad de la situación, Strassen se volvió hacia la cabina del piloto, rugiendo:

-¡Pronto, ponga este trasto en marcha sin perder un segundo!

-:¡Es imposible, señor! -gritó el piloto-. ¡Antes es preciso nivelar el aparato!

Si quiso añadir algo más, no pudo ni tuvo ocasión de hacerlo. En aquel momento el segundo par de ruedas delantero cedió, volviendo el aparato a su horizontalidad lateral, pero dejándolo hundido de proa. Los tres hombres volvieron a rodar de nuevo por el suelo.

Poniéndose de un salto en pie, Strassen aulló:

-¡Piloto! ¡Ponga en marcha de una maldita vez este aparato! ¡Aunque

reventemos!

-¡Pero señor...!

-¡No me replique y obedezca!

Strassen sabía a lo que se exponían caso de poner en marcha el aparato. La violenta corriente de aire desplazada por los reactores de las aspas, al estar desnivelado el aparato, podía ocasionar en él una súbita voltereta sobre sí mismo, cuyos resultados serían fáciles de presumir. A pesar de todo, era preciso arriesgarse.

El piloto, atemorizado por el tono de voz de Strassen, obedeció. Conectó la puesta en marcha, y las aspas empezaron a girar lentamente primero, más aprisa después... El piloto alargó la mano para encender los reactores y las aspas se detuvieron súbita y estruendosamente, tronchándose sobre su rotor, chocando con metálico ruido contra el techo del aparato, y cayendo después desmadejadamente al suelo.

¡Las nieblas habían actuado una vez más, cortando las aspas por su eje!

Lanzándose nuevamente contra la ventanilla, Strassen no tardó en apercibirse de la magnitud del desastre. Cortado el tren de aterrizaje y falto de aspas, el aparato se veía condenado a permanecer allí, inmóvil, hasta...

¿Hasta cuándo?

Allí fue donde se le erizaron los cabellos al mayor. De momento estaban a salvo gracias a la protección de la red eléctrica, pero ésta estaba supeditada a las baterías que la alimentaban. Y cuando éstas se agotaran, todos ellos estarían a merced de las nieblas...

Rodín y el profesor no tardaron mucho en hacerse cargo también de la situación. Y ésta no podía presentarse más peliaguda. Era perentorio hacer algo. Pero ¿qué?

Rodín fue el primero en reaccionar, analizando fríamente la situación. Las baterías tenían carga original para siete horas. Teniendo en cuenta el tiempo que ya había transcurrido, quedaba aún suficiente carga como para mantener la barrera protectora durante unas cinco horas. Luego, los trajes individuales podían ofrecerles protección para otras dos horas a lo sumo. Y después...

De un salto se plantó en la cabina de mandos, ordenando al piloto:

-Intente comunicar con el aeropuerto de Boston. ¡Rápido!

Strassen, desde el compartimento de carga, soltó un gruñido de conformidad a la orden. A su lado, observando a través del cristal electrificado los movimientos de las nieblas, Vaillon repetía quedamente:

-Tienen que ser muy inteligentes. Lo han de ser para hacer lo que han hecho...

-No es momento para pensar en estas cosas, profesor -murmuró el mayor, meneando la cabeza-. No sé si se habrá dado cuenta, pero nuestra situación es crítica.

Vaillon sonrió levemente.

-No se esfuerce, mayor -replicó-. Comprendo perfectamente la gravedad del peligro que nos amenaza. Sé que tan sólo nos separa de las nieblas una ligera plancha de aluminio electrificado, y que cuando ésta electrificación cese estaremos a su merced, pero ¿qué quiere que le haga? No me voy a dar de cabezazos contra las paredes, ni me voy a rasgar los vestidos en señal de desesperación. Sería estúpido, ¿no cree? Lo mejor es intentar conservar la calma...

Strassen tuvo que admitir que el profesor tenía razón. Ante todo debían permanecer tranquilos. Después... ya verían.

-¿Qué posibilidades hay de recibir ayuda? -preguntó Vaillon de pronto.

La pregunta cogió a Strassen por sorpresa. Y, francamente, respondió:

-No lo sé. Estoy seguro de que allá lo intentarán todo por venir a rescatamos, y más sabiendo que hemos logrado capturar una niebla. Pero hay tantas dificultades...

Se puso a pasear nerviosamente. El «allá» que acababa de nombrar era la base militar de Boston, donde había sido trasladado desde Washington el cuartel general, en busca de un sitio algo más alejado del campo operatorio de las nieblas que la capital federal, pero no tan lejos que no pudiera seguirse la marcha de los acontecimientos. De allí había partido el heliorreactor que los conducía, y de allí tendrían que acudir los refuerzos...

Esto último lo veía Strassen un poco difícil. Ya antes, al partir ellos, el estado mayor se había negado a enviar un par de aparatos sin protección eléctrica como escolta, aduciendo el riesgo que corrían al no poder defenderse de las nieblas. Y ahora, de todos modos, deberían arriesgarse a hacerlo si querían llevar a buen puerto la operación. Porque, por más maña que se

dieran, no podrían habilitar un nuevo aparato defendido eléctricamente para que viniera a socorrerles antes de que se agotaran las baterías...

Dio una patada contra el suelo; De todos modos, aunque lo hicieran, aunque se arriesgaran, el éxito no estaría asegurado. Un heliorreactor sin protección podía ser presa fácil de las nieblas, lo cual significaría el esfume de su últimas posibilidades de ser rescatados. Y entonces...

-Contacto establecido -anunció en aquel momento el piloto.

Rodín hizo un gesto al mayor, indicándole el aparato. Como jefe militar de la operación, le tocaba a él hablar. Strassen se dirigió hacia la emisora, al otro lado de la cual una voz confusa por las interferencias pedía las señales de identificación del aparato. Strassen se las dio, acompañándolas de una contraseña especial convenida con el alto mando, indicadora de la misión que realizaban. Instantáneamente, la actitud del invisible operador cambió.

Transcurrieron unos pocos segundos antes de que Strassen pudiera hablar con el propio presidente, el cual inquirió detalles de la operación. En pocas palabras, el mayor le puso al corriente de la situación, haciendo resaltar la imposibilidad de moverse del lugar donde se hallaban, y la necesidad que tenían de recibir pronta ayuda. Tras breve vacilación el presidente, haciéndose cargo de la gravedad del caso, anunció, que convocaría a todo el estado mayor para intentar hallar el mejor modo de ayudarles. Debían esperar unos momentos a la escucha...

Estos momentos se transformaron en media hora larga de angustiosa espera. Los tres hombres se paseaban por la reducida cabina de carga y de mandos como leones enjaulados. El piloto, sentado aún ante estos últimos, permanecía con los ojos fijos en las nieblas que, a través de los cristales de la carlinga, se movían incesantemente. Estaba demasiado temeroso y asustado incluso para levantarse del lugar donde se hallaba.

Al final, la voz del presidente se dejó oír a través de la emisora, haciendo que todos se apiñaran alrededor del aparato. Tras larga deliberación, se había llegado a confeccionar un plan con bastantes garantías de éxito. En pocas palabras era el siguiente: un aparato, un heliorreactor de rescate, saldría de Boston en su ayuda dentro de poco. Estaría provisto de un cable especial electrificado, que les arrojaría cuando estuviera sobre ellos, a una prudencial altura. Uno de los ocupantes del heliorreactor, vistiendo su traje espacial

electrificado, saldría al exterior del aparato para fijar el cable al rotor de las aspas, y así sería remolcado hasta salir de la zona de peligro. Luego el otro aparato iría acortando la longitud del cable hasta poder unirlos a él por tracción magnética, y así los transportaría hasta la base. Si la cosa salía bien, la operación podía hacerse en menos de veinte minutos...

Strassen dio su conformidad al plan. En realidad, era lo único que podía hacer. Decidieron cortar definitivamente la comunicación, con el fin de no malgastar en vano la carga de la batería, y Strassen se puso en pie.

Una sola mirada bastó para identificar entre sí a los cuatro ocupantes del inmóvil aparato, convertido ahora en prisión. Nada podían hacer hasta que viniera el heliorreactor de rescate. Sólo cabía esperar, refrenar la impaciencia...

* * *

El tiempo fue pasando lenta, angustiosamente. El indicador de las baterías iba descendiendo gradualmente, indicando su progresiva descarga. Cuando la flecha indicadora llegara a cero, todo estaría perdido...

Las nieblas no cesaban de acosar el aparato. Tan sólo la red eléctrica las contenía, impidiendo que penetraran en su interior. Pero cuando las baterías se agotaran... Ninguno de los cuatro hombres allí encerrados quería pensar en ello. Era preciso no pensar para no desesperarse,

Habían transcurrido ya tres horas y media. Sólo quedaban una y media más para que las baterías quedaran totalmente agotadas, marcando el principio del fin. Cuando esto sucediera sólo quedaría el recurso de los trajes espaciales, y después...

En aquel momento fue cuando el piloto lanzó un grito, señalando la pequeña pantalla de radar.

-¡Aquí están! ¡Ya vienen!

En efecto, un pequeño punto que se iba aproximando por momentos indicaba en la deslustrada pantalla la presencia de otro aparato volando por encima de ellos. Strassen, después de comprobar el estado de las baterías una vez más, se lanzó hacia la emisora.

No tardó en establecer comunicación con el aparato que se acercaba. Durante unos minutos permaneció hablando, sincronizando la marcha de los movimientos. Después se puso en pie, dirigiéndose a los demás.

-Podemos colocarnos los yelmos -dijo-. Van a arrojar el cable.

Los cuatro hombres, al unísono, tomaron de sus respectivos estantes los cascos de los trajes espaciales, ajustándoselos entre sí a la cabeza. Conectaron después las pequeñas baterías individuales, comprobando el funcionamiento de la red eléctrica de cada uno. Hecho esto, esperaron ansiosos.

-¡Atención! -clamó una voz a través de la emisora-. ¡Lanzamos el cable!

Transcurrieron unos breves minutos. Después, sobre el techo del aparato se oyó el metálico ruido de algo al chocar contra el metal.

-¡Ahí está! -exclamó Rodín.

De un salto, se plantó frente a la puerta de acceso del aparato. E iba ya a abrirla, cuando la mano de Strassen se posó sobre su brazo.

-Hemos de decidir antes quién es el que sale a fijar el cable -dijo el mayor.

Rodín sonrió tras el azulado visor de su casco.

-No es necesario -repuso-. He decidido hacerlo yo mismo -y con un gesto indicó a Strassen que se apartara un poco-. ¡Colóquense en un rincón! -gritó.

Y, de un brusco tirón, abrió la puerta de golpe.

Al instante, ante sus ojos apareció un panorama completamente blanco. Un panorama que no tardó en lanzarse contra él, rodearle, invadirle... Las nieblas, «notando» un resquicio en la defensa eléctrica del aparato, se habían lanzado a su conquista.

Pero aquello no preocupaba ya a ninguno de los ocupantes del aparato. Protegidos por sus trajes espaciales electrificados, estaban completamente a salvo. Rodín, de un salto, alcanzó la escalerilla que trascendía hasta el techo del heliorreactor y la subió con rapidez, llegando hasta el destrozado rotor de las aspas.

Allí, golpeando contra la metálica superficie, se encontraba el cable lanzado por el otro aparato. Rodín lo cogió, asegurándolo fuertemente en torno al eje del rotor, cuyos extremos, al igual que las compuertas de la estación espacial, parecían haber sido fundidos a alta temperatura. Después de comprobar su solidez y seguridad, con la misma rapidez con que había subido, volvió a descender a la cabina.

-¡Listos! -exclamó Strassen por la emisora, al verle aparecer.

Al instante se oyó un apagado runruneo, y el aparato comenzó a elevarse lentamente, con un suave movimiento de balanceo. Poco a poco, el suelo se fue alejando de sus pies. Y con él las nieblas...

Instantes después, ya unidos entre sí los dos aparatos mediante una corriente magnética, el heliorreactor volaba raudo hacia Boston. El peligro había pasado, y con él los momentos de angustia de los cuatro hombres. Ahora, lo único importante era que allí, en aquella caja adosada al fuselaje del aparato, se encontraba aprisionada una niebla blanca. ¡Una niebla que podía transformar el destino de la Tierra!

CAPÍTULO IX

Ultramicrones libres

Durante dos días sin interrupción el profesor Vaillon, auxiliado por su sobrina Elizabeth y Rodín, sometió a la niebla al fino tamiz de la más completa investigación. Durante dos días, sin abandonarse a ninguna clase de descanso, los tres trabajaron intensivamente experimentando con la niebla capturada de todas las maneras posibles. Disponiendo de aparatos debidamente protegidos por una red electrificada, la observaron al microscopio, la analizaron hasta la última partícula, estudiaron su más íntima composición...

Y los resultados no se hicieron esperar.

-Es imposible -murmuró Rodín entonces-. Totalmente imposible...

El profesor le miró por encima de sus gafas.

-¿Qué es imposible, muchacho? -preguntó.

Con un gesto vago, Rodín abarcó mucho pon los brazos.

-Todo -replicó-. Absolutamente todo lo concerniente a estas nieblas: su composición, sus propiedades, su vida misma...

Vaillon emitió una risita seca.

-Ya -murmuró-. Comprendo lo que quieres decir. Es muy difícil aceptar lo que acabamos de descubrir como una verdad incontrovertible, ¿verdad? Echa por tierra todas las antiguas concepciones y postulados sobre la formación de la materia viva. Revoluciona todas las leyes físicas existentes... y es al mismo tiempo un peligro que no podremos atajar. ¡Y lo peor es que toda la culpa es nuestra!...

-¿Nuestra?

-Sí, Albert; nuestra. Aunque nos duela hemos de reconocerlo. Hasta ahora nosotros, los hombres, hemos asociado la palabra «invasión» con la idea de seres extraterrestres, más o menos monstruosos en su forma, pero siempre con una complexión y una constitución física semejante a la nuestra o a la de otros animales terrestres. Hemos asociado esta palabra a la visión de unas armas desconocidas e infinitamente superiores a las nuestras, de unas ciudades completamente arrasadas, de una dominación lograda por la fuerza, de una lucha a muerte contra el invasor... Éste ha sido nuestro principal error. Imaginando esto, nos hemos preparado con grandes cantidades de armamento para recibir esta clase de invasión. Y nuestra pobre inteligencia no ha sabido

ver que podía presentarse un nuevo peligro que no tuviera forma ni constitución humana, ni siquiera animal o vegetal. Un peligro que podía presentarse adoptando una forma y una constitución a la vez tan simple y tan innocua como la de estas nieblas...

Rodín tuvo que reconocer el fondo de verdad que había en aquellas palabras. Sí, el hombre se había encasillado demasiado en sus prefabricadas creencias. Endiosado por su soberbia, se había considerado el rey de la creación, el ejemplar único, prototipo. Para él, no podía existir otra forma de vida diferente de la suya. ¡Y mucho menos vida organizada!

Pero estaban aquellas nieblas...

Ahí radicaba el nudo de la cuestión. Todo el mundo conocía la constitución fundamental de la materia: células, moléculas, átomos, protones, neutrones, positrones, negatrones, y finalmente ultramicrones[4]. Estos últimos elementos, la base fundamental de toda materia, no se habían encontrado nunca hasta entonces libres en la naturaleza. Tanto es así, que se había considerado imposible su existencia aislada, independiente. ¡Y ahora se presentaban aquellas malditas nieblas, resultando no ser más que ultramicrones libres, independientes, con vida propia y organizada...!

-Ultramicrones con vida libre -murmuró Vaillon, siguiendo el curso de sus divagaciones-. ¿Quién lo hubiera podido sospechar? Yo mismo incluso dudo de que sea verdad. De no existir las pruebas de nuestras investigaciones, creería que es imposible. Resulta todo tan sorprendente...

Y, en efecto, lo era. Durante los dos días en que, pegados ahora al ocular del microscopio electrónico, más tarde al visor de la cámara aislada de observación, habían pasado a la niebla bajo el fino tamiz del más completo estudio científico, las sorpresas habíanse sucedido las unas a las otras con vertiginosa rapidez. Era todo tan inverosímil, tan difícil de encauzar por los cánones de la hasta entonces enclaustrada ciencia...

-Y lo peor de todo -murmuró Rodín, con la vista fija en algún punto indeterminado del suelo- no es el hecho en sí de la constitución de las nieblas, sino sus consecuencias inmediatas. ¡Porque, según ellas, las nieblas son totalmente invulnerables a la destrucción!

Y, en efecto, así era. La destrucción de la materia siempre ha sido acompañada de la disgregación de sus partes en otras más pequeñas. Las balas y las bombas explosivas han disgregado los átomos... Siempre los elementos

de la materia destruida han quedado divididos, escindidos en otros más simples, más pequeños, más fundamentales. Pero ¿cómo podían disgregarse los ultramicrones? ¿Cómo podía dividírseles, si ya de por sí eran indivisibles? ¿Cómo poder destruirlos, en una palabra, si ya científicamente eran considerados como indestructibles?

Durante la noche que siguió a aquel día Rodín, tendido en su cama, no pudo conciliar el sueño. En el interior de su mente daban vueltas y más vueltas todos los descubrimientos realizados en torno a las nieblas.

Y uno tras otro, los resultados de estos descubrimientos se le presentaban con nítida y aterradora claridad.

Recordó todo lo que habían sacado en limpio del estudio de aquella niebla. Primero, su constitución fundamental. Todos los aparatos la habían registrado como masas de vapor de una composición tenue, simplicísima. Y en efecto. ¿Qué composición más simple que aquélla, que se presentaba como una reunión de elementos primarios, fundamentales e indivisibles?

Y su vida... El propio profesor Vaillon la había definido como algo muy semejante a la de las colonias de corales. En sí, cada partícula de niebla, cada ultramicrón libre, era un ente aparte, independiente, provisto de vida y organización propia. Sin embargo, no vivían aislados sino que se unían entre sí, formando verdaderas colonias como era la nube que él mismo había visto en la estación espacial «Plutón II». Luego, cuando el volumen de la colonia aumentaba demasiado de tamaño, resultando excesivo, se subdividía, se transformaba en otras menores, en número de dos, tres, cuatro, cinco... Y cada una de ellas seguía independientemente su vida libre...

En cuanto a su sistema de alimentación... Rodín sentía estremecimientos cada vez que pensaba en ello. Las nieblas tenían un enorme y fantástico poder. Por estar constituidas por ultramicrones libres, tenían la facultad de poder introducirse en lo más profundo de los átomos, llegando hasta su mismo núcleo[5]. Una vez allí, les era muy fácil arrebatarle algunos ultramicrones, logrando así destruir su fuerza interna[6] y disgregándolo, atomizándolo y reduciendo sus componentes a simples ultramicrones aislados, sin vida. Ultramicrones que ellas sumaban a su masa...

Conociendo esto, era muy fácil deducir el por qué de su predilección por la carne, tanto humana y vegetal. Como es sabido, la carne forma parte de la materia orgánica. Y las moléculas que componen la materia orgánica

contienen mayor cantidad de átomos que las demás[7], por lo que, al mismo tiempo, contienen mayor cantidad de ultramicrones. Y cuantos más ultramicrones, mayor «alimento» para las nieblas...

Imposibilitado de poder descansar, Rodín se levantó del lecho y, echándose una bata por encima del pijama, salió al exterior.

Estuvo paseando por la casa, cedida por el gobierno de los Estados Unidos al igual que el laboratorio, sin rumbo fijo. Atravesó el comedor, la cocina, un estrecho pasillo... y finalmente llegó al laboratorio. Maquinalmente se detuvo frente a la gran caja que, mediante una red eléctrica de alta tensión que circulaba por su superficie, mantenía a las nieblas en seguridad. La electricidad era lo único que las afectaba, y aun sólo en gran intensidad, como lo demostraba el que no las afectara la estática de los átomos. En sí, la explicación de ello era muy fácil: las nieblas eran materia; la electricidad, energía. Por lo tanto, una y otra se repelían. No era que la electricidad afectara a las nieblas, debilitándolas o causándoles algún otro mal. Simplemente, ellas se «sobresaltaban» al recibirla. Al igual que al hombre y la mayoría de los animales una descarga eléctrica de poca intensidad los hacía recibir un choque, a las nieblas les sucedía lo mismo. Repelían la electricidad...

Pero aquello no podía considerarse como un arma. Cierto que el único modo conocido de lograr mantener inmóviles a las nieblas era encerrarlas dentro de un campo eléctrico, pero... era del todo imposible aislar la totalidad de las nieblas que se encontraban en la Tierra. No existía en todo el mundo fuerza capaz de crear una barrera eléctrica en torno y por encima de ellas. Y no lográndose esto, todo lo demás que se intentara sería inútil.

Sin embargo, quizás la electricidad pudiera usarse como fuerza individual de defensa. Recordó que, gracias a ella, se había podido librar de las nieblas en el laboratorio del profesor Vaillon, en Cleveland. Podía dotarse a todos los hombres de pistolas eléctricas, que les podrían servir de protección en caso de tener que enfrentarse con ellas. Siempre sería mejor ir armado...

Dando media vuelta, Rodín se dirigió de nuevo a su dormitorio. Aunque no tuviera el menor deseo de dormir, debía hacerlo. Todavía quedaba mucho trabajo por hacer, y debía recuperar fuerzas. Por eso, lanzando un suspiro de resignación, tomó de encima de la mesilla de noche un tubo de tabletas somníferas, y engulló dos.

Era éste el único medio de conciliar el sueño...

* * *

La presentación del informe sobre las nieblas por el profesor Vaillon, en el Consejo de los Estados Unidos, causó una verdadera revolución. Ninguno de los asistentes, por más que se imaginara cosas imposibles, esperaba oír aquello. Y así, después de las rigurosas exclamaciones de sorpresa e incredulidad, empezaron a llegar rápidamente las preguntas, una tras otra...

Vaillon, con el informe en una mano, las fue contestando pacientemente, aclarando todas las dudas que se presentaban. Cuando al final todas quedaron satisfechas, y ya no hubo ninguna cuestión que aclarar, el presidente se puso en pie.

-Señores -dijo-, acabamos de escuchar un informe completo sobre las nieblas, su constitución y propiedades. Un informe que podemos resumir en cuatro breves y terribles palabras: las nieblas son invulnerables. Ahora yo pregunto: ¿qué procede hacer ahora?...

A partir de este momento, la reunión se convirtió en un verdadero campo de batalla. Todos querían dejar oír su voz aunque no tuvieran nada importante que decir. Muchos eran los que no querían reconocer el informe de Vaillon, y clamaban por que se les dijera «la verdad». Muchos eran también los que se desentendían del asunto, limitándose a encogerse de hombros con fatalismo. Y muchos eran, finalmente, los que creían poder arreglarlo todo hablando, chillando y gesticulando...

Al cabo de siete horas ininterrumpidas de tumultuosa reunión, tan sólo se había llegado a un acuerdo respecto a una cosa: el asunto trascendía ya los límites de problema nacional, para convertirse en problema internacional.

Por lo tanto, al día siguiente, en el Palacio de las Naciones, en París, se celebró una reunión internacional de alto nivel, con carácter de urgencia. Una reunión que, para agravio de todos los ansiosos periodistas de los principales rotativos del mundo, se realizó completamente a puerta cerrada.

En el transcurso de ella, todos los dirigentes de los distintos países reunidos pudieron conocer, por primera vez, la magnitud del problema que afectaba a los Estados Unidos. «¿Por qué las nieblas -dijo el propio presidente- son una amenaza que no sólo pone en peligro la seguridad de nuestro país, sino la de todo el mundo? Si no las logramos atajar, si se extienden demasiado, invadirán los continentes y estaremos todos perdidos.

Por eso propongo que nos unamos todos, olvidando viejas rencillas, para hacer frente al problema común.,.»

Así, la magna asamblea transcurrió entre muchos discursos, muchas promesas de ayuda y muchas disertaciones sobre la buena voluntad de cada país. El informe del profesor Vaillon fue pasando de mano en mano, y en cada una de ellas quedó prendida una exclamación: «¡Extraordinario!» «¡Imposible!» «¡Fantástico!»...

No fue hasta después de doce horas largas que se llegó a un acuerdo si no resolutivo, al menos satisfactorio. Todos los países se unirían en una especie de Confederación de Ayuda Mutua, en la que cada país donaría sus principales armas secretas para ser probadas contra las nieblas. Con el fin de evitar malas interpretaciones internacionales, el ejército de cada respectivo país sería el encargado de hacer actuar sus propias armas. Inmediatamente después, éstos volverían a sus bases...

Tras trece horas y media de ininterrumpida espera, los periodistas que montaban guardia permanente frente al gran edificio vieron salir multitud de rostros soñolientos, desencajados... Como aves de presa, quisieron lanzarse contra ellos en demanda de noticias, mas el cordón policial de protección se lo impidió. Nadie podía saber nada respecto al motivo de la reunión.

Por eso, las próximas ediciones de los periódicos aparecieron repletas de los más desorbitados y estrafalarios reportajes, todos respecto a la conferencia última celebrada, y al «extremo fenómeno que azotaba a los Estados Unidos»...

CAPÍTULO X

Una trascendente conversación sin trascendencia

El día siguiente de la conferencia de París, seis días exactos después de la llegada de la nube a la Tierra, la operación «Nieblas Blancas» era reanudada con más ímpetu aún que la primera vez. Numerosos aviones y buques franceses, ingleses, alemanes, españoles, rusos, italianos... llevando en sus entrañas las más poderosas armas de cada país, emprendían el camino hacia los Estados Unidos. La superficie ocupada por las nieblas era continuamente sometida al fuego de los más diversos proyectiles, bombas y gases, esperando y deseando que alguno de ellos demostrara su efectividad...

Pero todo era inútil. Por aquel entonces, las nieblas ocupaban ya una extensión que podía evaluarse en una tercera parte del territorio de los Estados Unidos, desde la costa atlántica hasta casi la mitad del territorio. E iban extendiéndose más a cada momento, aumentando continuamente el volumen de su masa. A su paso, las ciudades eran evacuadas con rapidez, y las nieblas, al no encontrar carne humana, en su camino la emprendían con los animales de las granjas, los vegetales, toda la materia orgánica que encontraban frente a ellas, e incluso alguna inorgánica de complicada estructura y composición.

La capital y base de operaciones de los Estados Unidos, trasladada desde Washington a Boston, había tenido que ser trasladada nuevamente, a Los Ángeles ahora, en el otro extremo del país. Desde allí, enlaces especiales mantenían todas las comunicaciones, informando del más mínimo avance de las nieblas. En el propio despacho del presidente, convertido ahora en sala de control de la ingente operación, un mapa detalladísimo de los Estados Unidos iba reflejando fielmente este avance, cada vez más extendido y más peligrosamente cerca de la interina capital.

Desde hacía veinticuatro horas, el país en pleno estaba bajo la ley marcial, y se estudiaba hacer lo mismo en el resto del mundo. Todas las fábricas de los Estados Unidos, excluidas las de la alimentación, habían suspendido temporalmente sus trabajos, y todos sus operarios se dedicaban ahora a otra importante ocupación: la de proteger eléctricamente aviones y heliorreactores, incluidas aspas y trenes de aterrizaje, coches y tanques de aislamiento neumático al vacío, trajes espaciales... Todos los soldados destacados en las inmediaciones del terreno invadido por las nieblas y todos los aparatos que las sobrevolaban iban provistos de estos aparatos

electrificados, y los hombres iban enfundados en trajes espaciales también protegidos eléctricamente. Asimismo, siguiendo la sugerencia del propio Albert Rodín, se estaban construyendo a ritmo acelerado grandes cantidades de pistolas eléctricas como defensa individual de emergencia...

También en el extranjero muchas fábricas habían cerrado, cambiando otras su ocupación habitual para dedicarse a la protección de aparatos y trajes espaciales mediante redes eléctricas. Estos aparatos, una vez habilitados, eran enviados a los Estados Unidos para engrosar las filas, cada vez más numerosas, de los que luchaban contra las nieblas. Este intercambio, y el cierre de las fábricas, habían alarmado aún más a la ya alarmada población civil de todo el mundo, que clamaba a gritos por saber lo que sucedía. Los periódicos se unían a la voz popular, lanzando campaña tras campaña contra el silencio mundial de los gobiernos. Así, llegó un momento en el que se discutió revelarlo todo a la gente. Aquello podía suponer una ola de pánico colectivo, pero quizás fuera mejor una multitud presa del pánico que presa de la exasperación y la furia. Por esto, se acordó poner las cartas sobre la mesa, y revelar de una vez por todas lo que sucedía.

Yen una alocución televisada para todo el mundo, el propio presidente de los Estados Unidos fue quien hizo un estudio detenido de la situación, dando toda clase de detalles...

* * *

En el laboratorio montado y cedido expresamente para ello por el gobierno de los Estados Unidos el profesor Vaillon, auxiliado por Rodín y su sobrina, proseguía sus experiencias en torno a las nieblas. En un optimista intento de hallar alguna materia que las afectara, las sometía a la acción de todos los elementos corrosivos conocidos, de los ácidos, de los aceites, de las sales... Sin embargo, todo daba el mismo desalentador resultado: nada. Con la desesperación subsiguiente del profesor, las nieblas seguían incólumes.

Aquella noche, después de terminados los trabajos del día y retirado todo el mundo a descansar, Albert Rodín siguió paseando por la casa sin rumbo fijo, como una sombra errante. Sabía que, aunque intentara dormir, no lo conseguiría. Al igual que todas las noches anteriores desde que aquella maldita nube llegara a la Tierra, los problemas que le golpeaban sin cesar el cerebro seguirían martilleándole, sin darle tregua ni descanso. El sueño se apartaría de su cerebro excesivamente ocupado y si al final, desesperado, se

tomaba alguna droga somnífera, el único resultado que conseguiría sería pasar la noche de pesadilla en pesadilla, viendo continuamente ciudades desiertas, trajes vacíos y grandes cantidades de nieblas blancas riéndose desaforadamente de él con las masas de sus cuerpos sin boca...

Sintiendo que le ardían las sienes y que el calor de la casa era sofocante, decidió salir al jardín. Allí todo era silencio, quietud. Al fondo, las luces rutilantes de Los Ángeles brillaban como luciérnagas esparcidas por una mano misteriosa en la oscuridad. En la ciudad la mayoría de las fábricas, dedicadas ahora a la electrificación de aparatos e instrumentos, funcionaban sin descanso aun durante la noche. Pero el silencio y la distancia apagaban su zumbido de colmena febril. En la soledad del jardín, tan sólo el leve murmullo de la brisa agitando los árboles turbaba la plácida quietud.

Fue paseando sin rumbo fijo, ocupada su mente por los pensamientos que le embargaban. Andando en silencio, su figura parecía una sombra vaga fundiéndose entre un mar de sombras vagas. Fue atravesando por entre los árboles, sin seguir ningún camino definido. Dobló una esquina, saliendo a una especie de rotonda que formaba un semicírculo de mármol frente a la entrada principal de la casa. Y ya iba a proseguir su camino, cuando sus ojos se fijaron en una sombra blanca que permanecía acodada en la baranda, en ademán pensativo, como si por su mente circularan graves y difíciles pensamientos.

Durante unos segundos, Rodín se quedó mirando aquella figura inmóvil, casi sin verla realmente. Al fin, con un esfuerzo mental, logró que sus pensamientos se apartaran de su cerebro, recobrando el sentido de la realidad de las cosas. Y entonces, saliendo de su inmovilidad, avanzó hacia ella.

Sólo fue cuando llegó a su lado que pudo reconocer en aquella figura a Elizabeth Sage, envuelta en una ligera bata de noche que llevaba sobre su vaporoso pijama, y que al oír sus pasos volvió bruscamente la cabeza, levantando la vista y fijándola en él.

En otras circunstancias, sin duda la muchacha hubiera proferido alguna exclamación de sorpresa al verse frente a Rodín. Sin duda también, éste hubiera murmurado alguna frase de disculpa, seguida de alguna cortés galantería. Mas nada de esto sucedió. La muchacha se limitó a murmurar, en tono de explicación:

-No podía dormir...

Y él, asintiendo con la cabeza, repitió estúpidamente:

-Yo tampoco. He salido a pasear un poco para despejarme...

Casi sin darse cuenta, se acodó en la baranda, al lado de la muchacha. Ésta le miró fijamente.

-Pensaba en las nieblas, ¿verdad?

Rodín hizo un gesto afirmativo.

-¿Y quién no? -exclamó. Y tras breve silencio-: No acabo de convencerme de que en realidad sean invulnerables. El hombre ha sobrevivido hasta ahora a todos los peligros, ha salido triunfante de todas las empresas que ha acometido. ¿Por qué ha de sucumbir ahora, ante un peligro... como éste?

-Tiene razón -asintió la muchacha-. Indudablemente, el hombre saldrá al fin vencedor de esta lucha. Ha de haber algo que destruya a estas nieblas. Pero me pregunto: ¿lograremos descubrir este «algo» antes de que sea demasiado tarde? ¿Llegaremos a tiempo de evitar un desastre? Han muerto ya muchas personas, y si ellas se siguen extendiendo...

Enmudeció. Rodín, con breve gesto, afirmó. Mientras no se hallara algo con lo que poder combatir a las nieblas con efectividad, la Tierra tendría una espantosa espada de Damocles suspendida sobre su cabeza. Las nieblas seguirían aumentando de tamaño y volumen, ocupando mayor terreno cada vez, arrinconando lentamente a la humanidad. Llegaría un momento en que ésta se encontraría acorralada. Y entonces...

Rodín no quería pensar en aquel momento. No quería imaginar lo que sucedería. Se volvió, dando una furiosa patada a un guijarro.

-No puede ser -murmuró-. ¡No puede ser!

La muchacha, como comprendiendo su irritación, le colocó una mano sobre su brazo, infundiéndole calma con un cálido apretón. Rodín la miró frente a frente. Y entonces, por primera vez, vio a la muchacha tal como era en realidad.

Hasta entonces, enfrascado en su trabajo, apenas había apercibido a Elizabeth como una constante sombra a su lado, sin personalidad definida. A pesar de haber pasado tanto tiempo juntos, trabajando en el examen de las nieblas, nunca se había fijado detenidamente en ella como persona. Y ahora empezaba a lamentarlo.

La muchacha era en sí misma un verdadero compendio de belleza femenina. Unos ojos almendrados, de sereno y limpio mirar, daban su nota de

fuego al óvalo perfecto de su cara, en el que unos labios deliciosamente rojos, en forma de apretado corazón, ponían color y expresión. Una naricita respingona, a modo de puente entre los ojos y la boca, formaban el acabado de su rostro. Y un cuerpo propio de la Venus de Milo, de armónicas y bien delimitadas proporciones...

Rodín permaneció unos minutos contemplándola firmemente, sin acertar a pronunciar palabra. Sus ojos estaban clavados en los de ella, notando la correspondencia de su mirada. La muchacha tampoco decía nada. Se limitaba simplemente a observar, con un leve gesto de irresolución en sus ojos...

Comprendiendo que no podía prolongar mucho tiempo aquel mutis, Rodín carraspeó levemente.

-Me excito muy fácilmente -murmuró, como justificando sus anteriores palabras-. Éste es mi principal defecto. Le agradezco que me haya frenado antes de empezar a romper cosas.

Una sonrisa iluminó el rostro de la muchacha, haciendo brillar a la luz de la luna las perfectas perlas de sus dientes. Rodín también sonrió. Y tras breves instantes de silencio preguntó, con un tono ligero de voz:

-¿Hace mucho tiempo que está con el profesor?

La muchacha le miró sorprendida, sin acabar de entender a qué venía aquella pregunta. Permaneció un minuto indecisa. Después, comprendiendo que el propósito de Rodín al formular aquella pregunta era apartar la conversación del tema de las nieblas, respondió:

-Sí, mucho tiempo. Debía tener... unos diez años cuando me fui a. vivir con él. Mis padres murieron en un accidente de aviación, y yo quedé sola, sin más familia que él. Me llamó, y desde entonces he permanecido a su lado.

-Convirtiéndose en su principal colaboradora -afirmó Rodín.

-Su única colaboradora. Mi tío tiene la... la manía de no querer trabajar si no es con colaboradores que sepa comparten sus teorías y sus puntos de vista. Por eso se puede decir que yo he sido la única.

-Sí, claro... -Rodín se pasó una mano por la frente-. ¿Y en qué se ocupaba el profesor cuando... cuando sucedió lo de las nieblas?

-En algo en lo que había cifrado grandes esperanzas -repuso la muchacha. Y vaciló unos momentos antes de aclarar-: En un sistema para

lograr la transformación de la materia.

Rodín arrugó el entrecejo.

-¿La transformación de la materia?

-Sí, el convertir un determinado elemento en otro completamente distinto.

-¡Ah, ya, el sueño de los antiguos alquimistas! Convertir un metal, cualquiera que sea, en otro. ¿No es eso?

-No, exactamente. Mi tío afirmaba que, cambiando el número y el orden de los componentes del átomo siguiendo los valores de la escala atómica, se podía lograr un cambio íntimo en su estructura, lo cual traía consigo la transformación de la materia en cuestión, en otra distinta, a voluntad[8].

-Bien, pero esto ya es viejo. Lo difícil es hallar el modo de hacerlo. ¿Acaso lo había hallado el profesor?

-Él afirmaba que sí. Según su teoría, añadiendo o restando cargas eléctricas de adecuada intensidad a los átomos de la materia, se puede lograr su desintegración[9]. Los átomos quedan así transformados en partículas libres, en suspensión, que mediante nuevas cargas eléctricas inversas a las anteriores pueden volver a unirse siguiendo un determinado patrón establecido de antemano. Y una vez logrado esto, la materia queda transformada en otra completamente distinta, con todas sus leyes y propiedades correspondientes.

Rodín se rascó la barbilla pensativamente.

-Dicho así parece muy fácil -musitó-, pero... ¿cuál ha de ser la naturaleza y la adecuada intensidad de estas corrientes?

-No lo sé -respondió la muchacha con franqueza-. Yo, personalmente nunca he acabado de comprenderlo. Antes de construir el aparato (aquel que se le cayó a usted cuando vino a rescatarnos al laboratorio), tuvo que llenar lo menos quinientas páginas de fórmulas físico-matemáticas. Se pasó dos años enteros sobre ellas, antes de hallar el quid de la cuestión.

-Pero terminó hallándolo, ¿verdad? ¿Logró algo positivo con sus experiencias?

Elizabeth tuvo que negar tristemente con la cabeza.

-No del todo -respondió-. Para principiar sus experimentos intentó transformar una pequeña cantidad de helio en hidrógeno, cambiando los dos electrones del primero por el uno del segundo. Logró descomponer los átomos

de helio, pero no pudo acabar de coordinar los de hidrógeno. Siempre le quedaba un pequeño margen de irregularidad, lo cual traía consigo la no perfecta estabilización de los átomos conseguidos. Sin embargo, de haber podido seguir un poco más sus experimentos, estoy segura de que hubiera logrado el éxito.

-Sí, claro. Pero vinimos nosotros... Lamento que por nuestra culpa se viera obligado a abandonar sus experiencias.

-No, no lo lamente. Al fin y al cabo, el asunto de las nieblas es mucho más grave y más importante que el otro.

-Sí -murmuró Rodín-. Tiene razón. Mucho más importante...

Y se calló repentinamente. Porque en su mente acababa de impactar, como una bala de fusil, una idea. Una idea loca, descabellada, sin más fundamento que unas palabras recogidas a lo largo de una conversación intranscendente. Pero una idea que podía convertirse en la única esperanza de la humanidad...

Sin dirigir una palabra a la muchacha, que le contemplaba con. aire sorprendido en el semblante, Rodín dio una rápida media vuelta, y echó a correr en dirección hacia la casa.

CAPÍTULO XI
LA ÚNICA ARMA

Desde que las nieblas aparecieron por el horizonte de su vida, el profesor Vaillon no había logrado conciliar ni una noche un sueño perfecto. Las veces que había logrado dormirse, gracias al auxilio de poderosas drogas somníferas, no había hecho más que sufrir continuos sobresaltos, yendo de pesadilla en pesadilla, en las que, naturalmente, las nieblas tenían un principal papel.

La de aquella noche fue particularmente espantosa. Vaillon se veía a sí mismo en medio de una inmensa planicie blanca, completamente cubierta de nieblas. Nieblas que, con sus no delimitados cuerpos, con sus inexistentes bocas, con sus inaudibles voces, se reían burlonamente de él y de sus esfuerzos, formando un coro atronador de extrañas e inhumanas carcajadas que le ensordecían los oídos. Después, las nieblas se lanzaban contra él, como queriendo envolverle en sus algodonosas masas. Lo cogían entre ellas con sus invisibles brazos, y lo zarandeaban, lo zarandeaban...

Abrió los ojos, sobresaltado. No eran las nieblas quienes lo zarandeaban, sino una persona que se encontraba al lado de su lecho, inclinado ansiosamente sobre él. Y esta persona no era ni más ni menos que Albert Rodín, con los, ojos brillantes de excitación y un rictus nervioso en el semblante.

Vaillon saltó sobre la cama, quedando en posición sentado. Entonces, sus ojos se posaron en otra figura que estaba a los pies de la misma: su sobrina, sin más ropa sobre su pijama que una blanca bata de noche.

Antes de poder reaccionar debidamente, el profesor pasó unos segundos dejando vagar su vista de Rodín a Elizabeth, y de Elizabeth a Rodín sin acabar de comprender lo que hacían los dos allí, en tan inadecuada indumentaria ella, y con tan ansioso gesto él.

-¿Qué diablos pasa? -gruñó, intentando apartar de su mente la visión de la pesadilla que acababa de sufrir, la cual quería a toda costa quedarse grabada a sus retinas-. ¿Qué sucede?

Rodín no contestó inmediatamente. Dirigiéndose hacia un pequeño mueble anexo a la pared, sacó una botella de coñac que sabía siempre guardaba Vaillon en su dormitorio. Tomó dos vasos, los llenó hasta el borde, entregó uno al profesor y, después de hacer una profunda inspiración, se bebió

el otro de un trago.

Vaillon, con su vaso en la mano, seguía mirando alternativamente a Rodín y a su sobrina.

-¿Qué diablos sucede? -volvió a gruñir. Y mirando fijamente a su sobrina, añadió-: ¿Qué haces tú aquí?

La muchacha hizo un gesto ambiguo, señalando a Rodín con la cabeza. Ella, simplemente, se había limitado a seguirle cuando emprendió su carrera hacia la casa desde la rotonda, extrañada de su comportamiento.

Y así habían llegado hasta allí...

Rodín contestó por ella a la pregunta formulada por el profesor:

-Necesito comunicarle algo muy importante, profesor.

-Bien, pero mañana...

-Es algo muy urgente. Se trata de las nieblas.

Vaillon engulló de un tirón el contenido de su vaso.

-¿Sobre qué? -gritó, cambiando el tono de su voz.

-Sobre las nieblas, profesor. Creo que he hallado un arma con la que combatirlas. Mejor dicho, la única arma.

El profesor dio un nuevo salto sobre la cama, asomando las piernas por un lado. Buscó con los pies sus zapatillas, se las calzó y, sin importarle un bledo el hecho de permanecer en pijama frente a una señorita, se puso en pie.

-Explícame esto -murmuró.

Rodín tardó aún unos minutos en contestar. Miró su vaso vacío, como estudiando la necesidad de volver a llenarlo. Al fin llegó a la conclusión de que no era imprescindible, y lo dejó suavemente sobre la mesilla de noche.

-Profesor -empezó-, hace unos minutos estaba hablando con su sobrina en el jardín, sobre los experimentos que llevaba usted a cabo antes de que sucediera esto... de las nieblas. Según me ha informado ella, experimentaba usted sobre las posibilidades de la transformación de la materia, ¿verdad?

-Sí, pero...

-Un momento, por favor. Según me ha dicho también ella, si hubiera podido continuar experimentando durante algún tiempo más, indudablemente hubiera llegado a conseguir el éxito. ¿Es cierto?

-Pues... sí, es probable... Aunque ¿qué demonios tiene que ver esto con las malditas nieblas?

Rodín sonrió levemente. Inclinándose hacia el profesor, respondió:

-Sencillamente, lo que le he dicho antes. Creo que ésta puede ser el arma que podemos usar contra las nieblas con posibilidades de éxito.

Vaillon se rascó pensativo la cabeza.

-¿Ésta, la única arma? ¿Con éxito? -lanzó algunos sonidos indeterminados-. Si no me das un pellizco y lo siento -murmuró-, creeré que todavía estoy durmiendo y soy víctima de una pesadilla distinta a las demás.

Rodín, sin andarse con demasiados remilgos, agarró el brazo del profesor y le pellizcó fuertemente el bíceps. Vaillon lanzó, un grito.

-¿Contento?

El profesor se frotó el brazo.

-¡Está bien, está bien, pero no tan fuerte! -exclamó. Lanzó un suspiro, y se quedó mirando a Rodín-. Bueno -añadió-, ahora haz el favor de contarme en qué consiste esta arma que dices puede usarse con éxito contra las nieblas.

Rodín sonrió levemente.

-En algo tan simple y tan efectivo a la vez como este transformador de materia que usted dice que puede lograrse con tantas probabilidades de éxito. Dígame: hasta ahora las nieblas no han podido ser destruidas; ¿por qué?

-Pues...

-No, no es necesario que me responda; va lo haré yo por usted. Simplemente, porque su composición es tan simple qué ya no puede dividirse en otras partes menores. De acuerdo. Ahora bien, analicemos una cosa: cuando se mata a un hombre, o a un animal... ¿acaso se destruye completamente su cuerpo? No. Lo único que se hace es, simplemente, dividir su materia, transformarla en partes más, pequeñas, más fundamentales. Si usamos balas explosivas, desgarramos sus moléculas. Si nos valemos de la energía atómica, separamos sus átomos. Mas, ¿hemos destruido con esto su cuerpo? Naturalmente que no. Siempre quedarán sus moléculas o sus átomos libres, flotando en el espacio. Einstein afirmó en su tiempo que en el mundo nada se crea ni se destruye: tan sólo se transforma. Y es cierto. La materia cambia, se convierte en otra distinta, pero siempre permanece. Lo único que verdaderamente se destruye, lo único que desaparece, es lo que puede destruirse, desaparecer: la vida interna. Como elemento superior, básico, intangible, inmaterial, ésta es la única cosa que realmente es susceptible de «desaparecer», en el sentido estricto de la palabra. ¡Pero la demás materia no!

Siguió un silencio. Al fin, Vaillon murmuró:

-Bien, pero...

-Sé lo que quiere decirle interrumpió Rodín-. Esto no parece tener ninguna relación con el asunto de las nieblas. Pero la tiene. Hasta ahora, todas nuestras armas han sido concebidas con el fin de destruir la materia disgregándola en sus partes más pequeñas. Pero ahora nos encontramos con que la materia a la que nos enfrentamos es única, indivisible. Y nuestras armas no le hacen mella. Naturalmente, todos hemos creído que nos encontrábamos por primera vez ante algo invencible, invulnerable. ¡Pero no es cierto! Hasta ahora hemos destruido la materia reduciéndola a sus componentes más simples, ¿verdad? Bien, ahora hemos llegado al límite de la simplicidad. ¡Ahora es cuando debemos dar la vuelta, y empezar a actuar a la inversa!

Después de esta categórica afirmación, siguió un silencio espeso, impresionante. En él, se oyó claramente el ruido que hizo el vaso del profesor al ser depositado sobre la mesilla de noche. Vaillon alzó su vista hacia el curtido rostro de Rodín.

-Vamos a ver, vamos a ver -murmuró-. Con eso... ¿quieres tú afirmar que podemos destruir... bueno, matar a las nieblas cambiando simplemente su estructura orgánica? ¿Transformándolas en otra materia... oxígeno por ejemplo?

-Exactamente. Cambiando su estructura, las nieblas dejarán de ser nieblas. Perderán todos sus poderes y propiedades como tales y, por lo tanto, dejarán de existir. ¡Morirán, ¿comprende?

El profesor no contestó, limitándose a hundir la cabeza entre los hombros en señal de meditación. Rodín prosiguió:

-Usted afirma que puede transformar el helio en hidrógeno, mediante la disgregación de los átomos del primero y su posterior unión siguiendo los cánones de estructura del segundo. Muy bien; yo le facilito un método mucho más sencillo: realizar el experimento partiendo directamente de ultramicrones libres. ¿Acaso las nieblas son algo más que esto? ¿Acaso no será más factible su transformación en helio o cualquier otro gas, que la de éste en hidrógeno?

Vaillon permaneció aún unos segundos completamente inmóvil, como sumido en hondos pensamientos. Luego fue afirmando con la cabeza; brevemente primero, con más amplitud después.

-Albert -dijo al fin-, acabas de pronunciar a la vez las más disparatadas, las más absurdas y las más lógicas palabras que haya podido escuchar en toda mi vida. Creo que esta vez acabas de dar en el mismo centro del clavo. Por eso, voy a hacer algo que quizá para muchos será una tontería: voy a hablar ahora mismo al presidente. No sé cómo le va a sentar el que le haga levantar de la cama a estas horas, si es que está dormido, pero no cejaré hasta que pueda hablar con él. Y después... bueno, no creo que, una vez me haya oído, le queden ganas de volver a conciliar el sueño.

* * *

Tal como había pronosticado el profesor, al presidente no le quedaron ganas de volver a conciliar el sueño después de haberle oído. Rápidamente convocó una reunión extraordinaria con carácter de urgencia, a la que todos los delegados acudieron con profundas caras de sueño. De aquella reunión, el profesor salió con un documento debajo del brazo que le confería plenos poderes para recibir inmediatamente todo el material que solicitara y un cúmulo de frases de elogio y felicitaciones en los oídos.

La empresa que iba a acometer ahora no era de las más sencillas. Todavía recordaba el profesor que los resultados obtenidos en su laboratorio de Cleveland no habían sido todo lo satisfactorios que él hubiera deseado. Teóricamente, el proceso era realizable. Ahora bien, en la práctica se habían presentado serios inconvenientes, que podían culminar en la no posibilidad de realización del experimento. Y aquello significaría, naturalmente, la desaparición de la única arma, que tenía algunas garantías de éxito contra las nieblas.

Vaillon recordaba perfectamente cual había sido el principal obstáculo con el que había tropezado. El aparato había sido construido adaptando sus vibradores sensoriales a una intensidad máxima de mil quinientos voltios. Él había creído que esta intensidad sería suficiente para el fin que perseguía, y en efecto así había sido al principio. Los vibradores habían funcionado a las mil maravillas, disgregando los ultramicrones de los átomos de helio y preparándolos para transformarlos en átomos de hidrógeno. Mas entonces, cuando invirtió el trabajo para realizar la nueva unión, habían fallado. Los átomos de hidrógeno se formaban, inestablemente. Mientras la corriente eléctrica circulaba por los vibradores, se mantenían unidos, más cuando ésta cesaba, volvían a separarse.

Las causas de todo aquello sólo podían ser dos: la primera, que la intensidad de la corriente fuera demasiado débil para la segunda fase del proyecto. En este caso, construyendo un nuevo aparato con vibradores adecuados para mayor intensidad, todo estaba solucionado.

Pero podía ser debido también a una segunda causa: que los átomos de hidrógeno formados así artificialmente no llegaran nunca a alcanzar la estabilidad. En este caso, aquello significaría que la transformación de la materia era algo posible en el papel, pero irrealizable en la práctica. Y entonces...

Vaillon no quería pensar en aquella segunda causa. No era posible que el experimento fuera irrealizable. Sin duda la primera era la responsable del fallo, y una vez aumentada la intensidad de la corriente todo iría a las mil maravillas. Y entonces tendrían el éxito al alcance de la mano...

A partir de aquel mismo día, en el laboratorio de las afueras de Los Ángeles el profesor, Rodín y Elizabeth trabajaron sin descanso en la solución de aquel problema. Vaillon repasó, de nuevo todos los cálculos matemáticos que había hecho, consciente de que un error de una millonésima de milímetro podía dar al traste con todo. Al final, cuando estuvo convencido de la exactitud de sus fórmulas matemáticas, principióse la construcción de un nuevo transformador de materia, con vibradores adecuados a intensidades de más de mil quinientos voltios. Las distintas piezas fueron fabricadas con precisión de una diezmillonésima de milímetro, y montadas por verdaderos especialistas en la materia. Al final, se tuvo el aparato completamente dispuesto para iniciar los experimentos, y el profesor se preparó para hacer las primeras pruebas.

Principió empleando intensidades inferiores a mil quinientos voltios, esperando que la precisión del aparato supliera la insuficiencia de intensidad. Mas como en los experimentos anteriores, tan sólo una de las agujas indicadoras llegó a la cifra máxima, mientras la otra oscilaba a poca distancia de ésta. A medida que se iba aumentando la intensidad, esta segunda aguja iba avanzando lentamente hacia la cifra tope... hasta que llegase a los dos mil doscientos voltios.

Entonces, con una brusca sacudida, la aguja se inmovilizó en ella.

¡Se había logrado el éxito!

Durante los siguientes minutos a partir de este momento, en el

laboratorio reinó un alborozo indescriptible. Ahora se sabía ya que existía un arma para combatir a las nieblas. ¡La Tierra no perecería ante el enemigo venido del espacio!

La euforia duró casi una hora. Antes de que volvieran a recuperar la calma y la compostura, los tres se palmearon entre sí las espaldas, se cruzaron frases de felicitación y exclamaciones de dicharachera alegría... y sin saber cómo, Rodín se encontró de repente abrazado a Elizabeth y dándole un sonoro beso.

Se apartó, corrido. No había sido su intención hacerlo. En medio de la euforia, apenas se había dado cuenta de nada.

-Perdone -musitó-. Con la alegría del momento...

La muchacha sonrió, mucho menos azorada de lo que sería natural.

-No importa -dijo-. Como usted ha dicho, creo que con la alegría del momento... es disculpable.

Y, en vista de las circunstancias, Rodín se atrevió a repetir el experimento...

CAPÍTULO XII
El SÍMBOLO DE LA VICTORIA

Las nieblas se encontraban ya a sólo cien kilómetros de distancia de Los Ángeles.

La casi totalidad de los habitantes de los Estados Unidos habían sido ya evacuados a otros países, en su mayoría a Sudamérica y Sudáfrica. Tan sólo unos cien mil hombres, soldados en su mayoría, permanecían todavía en territorio estadounidense, esperando el último momento para ser embarcados en los buques de carga y las fortalezas volantes que los aguardaban impacientemente. Confinados todos ellos en los recintos militares de Los Ángeles, permanecían nerviosos, asustados, temerosos de la peligrosa proximidad de las nieblas. A pesar de que intentaban aparentar lo contrario, en sus ojos no podía por menos que reflejarse el más genuino miedo...

Por aquel entonces, en el laboratorio del profesor Vaillon iba a realizarse el experimento decisivo con el transformador de materia.

Siendo el principal fin que con éste se perseguía la destrucción de las nieblas, el profesor lo había habilitado rápidamente para ello. Se construyó una caja electrificada, en cuyo interior se colocó el aparato. Se introdujo después en ella la niebla prisionera, se puso en marcha el transformador...

¡Tres minutos después, la niebla había desaparecido por completo!

Con el fin de comprobarlo prácticamente, Vaillon introdujo en el interior de la caja un conejo vivo. Durante una hora entera el animal había permanecido tranquilamente allí, olisqueando por todas partes, sin aparentar ningún recelo ni ninguna nerviosidad. Cuando había sido sacado de la caja, estaba sano y salvo. Lo cual significaba que la niebla no sólo había desaparecido como tal, sino que también había dejado de existir como ser vivo. En otras palabras, ¡había muerto!

* * *

Inclinados hacia el electrificado cristal de la ventanilla, mirando ansiosamente hacia abajo, los tres hombres y la mujer contemplaban el blanco paisaje que se deslizaba a sus pies. Las nieblas, en su inmaculada blancura, se movían suavemente a ras de tierra, formando remolinos que las hacían semejarse a un mar completamente blanco de espuma.

-Es un espectáculo sobrecogedor -murmuró Elizabeth, apartándose de la ventanilla y yendo a sentarse en una de las sillas habilitadas en la cabina de

carga del heliorreactor.

Rodín, imitándola, asintió con un gesto. Para él, para todos los que sabían lo que significaban aquellas nieblas, era un espectáculo verdaderamente sobrecogedor verlas deslizarse allá abajo, inofensivamente tranquilas. Un espectáculo que, aunque no se quisiera, hacía erizar los pelos al más valiente.

-Tengo miedo, Albert.

Rodin, que no se esperaba aquella exclamación, miró fijamente a la muchacha.

-¿Miedo? ¿De qué?

-De esto -extendió su dedo, señalando el equipo espacial que Rodín tenía a su lado-. ¿No has pensado en lo que sucedería si se interrumpiera el paso de la corriente eléctrica?

Rodín dirigió una mirada al equipo, y asintió levemente con la cabeza.

-Sí -respondió-, lo he pensado. He pensado en lo que sucedería si se interrumpiera el paso de la corriente en el equipo, o en el heliorreactor entero, en las aspas o en el tren de aterrizaje incluso. ¡Oh, pero no debemos preocupamos por esto! Todo está bien diseñado y construido para evitar un posible fallo. No sucederá nada, ya lo verás.

-Pero, ¿y si sucediera?

-¡Diablos! ¿Y si se hundiera el mundo? -Rodín agitó los brazos-. ¡No hay que ser pesimistas, Liz! Al fin y al cabo, tenemos la casi completa seguridad de que todo irá bien. Esto es tan sólo... digamos como la prueba oficial.

Y, para no tener que seguir la discusión, se volvió hacia el equipo y empezó a repasarlo pieza por pieza..

Él mismo, junto con el profesor Vaillon, había sido quien había diseñado la nueva forma del aparato transformador de materia, adaptado especialmente para combatir nieblas. Consistía en una especie de tubo a modo de lanzallamas, de unos quince centímetros de grueso por setenta y cinco de largo, con dos soportes y dos abrazaderas para cogerlo. Estaba provisto de dos orificios, uno delantero y otro posterior, en cuyo interior iba adaptada una rejilla metálica y tras ella, en el punto medio del aparato, los vibradores sensoriales. El conjunto todo iba conectado mediante un tubo flexible a una batería eléctrica de alta intensidad, adosada a la espalda de quien lo llevaba.

El funcionamiento del aparato era el siguiente: el orificio delantero hacía las veces de poderoso succionador, atrayendo hacia él todas las masas gaseosas que hallara por delante, entre ellas las posibles nieblas existentes. Éstas pasaban a la parte central del aparato, donde los vibradores sensoriales se encargaban de transformarlas en hidrógeno, el gas de más simple constitución que existe en la atmósfera[10]. Éste era arrojado después con violencia hacia el exterior por el orificio posterior del aparato... y las nieblas habían desaparecido completamente.

Cuando, de acuerdo con los deseos del presidente, llegó el momento de hacer la prueba definitiva en el terreno invadido por las nieblas, Rodín había sido quien había reclamado el derecho de llevarla a cabo personalmente. ¿Quién, sino él, había argüido como elemento convincente, tenía el deber y el derecho de hacerlo? ¿Quién, sino él, que había sido el primero en enfrentarse cara a cara con las nieblas, que había dado la voz de alarma a la Tierra, advirtiéndola del peligro, y que había sido quien primero había pensado en aquel medio de destruirlas?

Por otra parte, tampoco el profesor Vaillon ni el mayor Strassen quisieron perderse su parte en la definitiva aventura, y formaron parte en la expedición como jefes técnico y militar respectivamente. En cuanto a Elizabeth, con esta rara percepción que tienen las mujeres, al enterarse de que Rodín iría a correr un peligro, decidió ir ella también. Y cuando una mujer se propone algo...

En aquel momento el aparato empezó a perder velocidad, hasta que se detuvo definitivamente en el aire. El piloto, asomando la cabeza por la puerta de la cabina de mandos, indicó:

-Hemos llegado al punto señalado en el mapa, señor.

Strassen, a quien iban dirigidas estas palabras, se apartó de la ventanilla, siendo inmediatamente imitado por el profesor. De un salto se plantó en la cabina de mandos deteniéndose frente al aparato de radio, por el que lanzó una contraseña especial estipulada para aquella operación en particular.

A unos cien metros de altura por sobre el heliorreactor, otros cinco aparatos, colocados en forma de semicírculo, permanecían desde hacía unos momentos a la expectativa. Como había dicho Rodín poco antes, aquello iba a ser la prueba oficial de la efectividad del transformador de materia contra las

nieblas. Y allí se encontraban los testigos: las principales autoridades de los Estados Unidos y una selecta representación de toda la prensa mundial, la radio, la televisión... En el mismo momento en que empezara la operación, todos los receptores de televisión de todo el mundo, todos los aparatos de radio, estarían conectados con aquel lugar. Y con ellos, los corazones de millones de personas para quienes aquel trascendental momento indicaría el instante en que la Tierra empezaría a luchar efectivamente contra las nieblas... o sería derrotada por ellas.

Cuando las palabras del mayor Strassen resonaron en los altavoces de las emisoras de todos los demás heliorreactores que formaban el semicírculo encima de ellos, todos los que los ocupaban se aprestaron a la observación. Los periodistas y los fotógrafos se prepararon a no perder detalle de las escenas que iban a sucederse. Los locutores se aclararon sus gargantas, dispuestos a empezar a hablar. El operador de televisión, tras su cámara provista de teleobjetivo, coordinó las tres lentes visoras, enfocándolas después hacia el mirador especial abierto en un ángulo del fuselaje. Los demás ocupantes de los vehículos se miraron entre sí, con evidentes muestras de ansiedad en el semblante...

Mientras tanto, Rodín, auxiliado por el profesor y Elizabeth, acababa de colocarse todo el equipo del transformador de materia. Una vez hecha la conexión con la red eléctrica del traje y comprobado su perfecto funcionamiento, cogió entre sus manos el tubo del transformador, conectándolo a la batería. Hizo un par de pruebas para comprobar su funcionamiento y se dispuso a salir al exterior.

-Suerte -murmuró Vaillon.

-Suerte -repitió Strassen. Y señaló hacia arriba-, de parte de todos.

Elizabeth no murmuró ninguna palabra. Se empinó sobre la punta de los pies, y besó a Rodín... en el yelmo.

Haciendo un expresivo gesto con la mano, Rodín se despidió de todos, dirigiéndose con pesado paso hacia la salida. En ésta había sido instalada una especie de cámara estanca, también electrificada, para aislar el interior del aparato cuando alguien tuviera que salir fuera. Se metió en ella, cerrando la puerta a sus espaldas. Comprobó el sistema de electrificación y después, de un brusco tirón, abrió de golpe la puerta del aparato.

La primera impresión que recibió fue la de que acababa de asomarse a

otro planeta. Una gran extensión blanca cubría todo cuanto abarcaba la vista, dando su tónica de monotonía al paisaje. En el mismo momento en que Rodín abrió la puerta, al igual que la vez anterior, una avalancha de nieblas se lanzó contra él, rodeándolo por todas partes y buscando ansiosamente algún resquicio no electrificado en la estructura de su traje espacial, por donde se pudieran meter dentro. Sin embargo, no lo encontraron. Los trajes habían sido protegidos a conciencia, y Rodín, con una sonrisa sádica en el semblante, apretó el botón que ponía en marcha el transformador de materia, haciéndolo girar en abanico.

Lo que sucedió entonces escapó a la percepción visual del hombre. La niebla pareció formar un remolino, lanzándose a toda velocidad hacia la parte anterior del cilindro del transformador. Una apagada vibración se le comunicó a Rodín a través del aparato, y vio cómo por la parte trasera del mismo salía un gas tenue, invisible, pero que hacía formar un claro entre las nieblas que tenía a sus espaldas...

Animado por el éxito, Rodín saltó del heliorreactor al suelo, sin cesar de mover el tubo del transformador en abanico. Sonrió vengativamente, viendo cómo a su alrededor las nieblas iban desapareciendo engullidas por la hambrienta boca del cilindro. Aumentó al máximo la potencia del aparato, barriendo continuamente las gasas neblinosas que intentaban lanzarse contra él. Éstas, que formaban como una especie de apretado círculo alrededor del heliorreactor, se iban aclarando por momentos, desapareciendo y difuminándose...

Rodín, moviendo continuamente la boca del transformador en una y otra dirección, iba avanzando paso a paso, animado cada vez más por el éxito. A través del micrófono espacial pudo oír la voz del profesor:

-¡Bravo, Albert! ¡Les estás dando una buena lección!

Sin dejar de mover el aparato asintió con la cabeza, sin darse cuenta de que el profesor no podía distinguirla dentro del yelmo. Siguió con su tarea, avanzando paso a paso y haciendo desaparecer más nieblas ante él. Vagamente, sus ojos apercibieron cómo éstas se iban apartando de su alrededor, apretándose contra el suelo y formando remolinos alrededor de sus pies. No le hizo caso a aquello. Tenía suficiente trabajo con las que aún permanecían delante suyo...

La primera premonición del peligro fue un grito, no supo de quien,

que le llegó a través del micrófono de su casco.

-¡Cuidado, Albert! ¡A tus pies!

Sólo fue entonces, demasiado tarde ya, que se dio cuenta de que las nieblas se habían arrollado a sus pies, sujetándoselos fuertemente con sus invisibles y neblinosos brazos, tan resistentes como unas tenazas de acero. Quiso dirigir la boca del transformador de materia hacia allí, pero no pudo. Sintió cómo lo que trababa las piernas tiraba de ellas, con la intención de hacerle perder el equilibrio. Se notó a sí mismo vacilar, a punto del derrumbe. Quiso mantener la verticalidad, y el cilindro se le escurrió de las manos, cayendo al suelo, a su lado. Sintió cómo se desplomaba de espaldas. Quiso evitarlo, amparándose con las manos, pero no pudo. La batería que llevaba sujeta chocó metálicamente contra el suelo, y Rodín sintió un dolor insoportable en la espalda al golpear contra el agudo canto de la batería.

Con las lágrimas afluyéndole a los ojos, permaneció unos minutos inmóvil, temiendo haberse roto la columna vertebral. Confusamente oyó a través de la radio un agudo grito femenino, seguido de un par de imprecaciones masculinas. Intentó moverse, ponerse en pie Se nuevo, girando sobre un costado, pero el peso de la batería tiraba de él hacia abajo, impidiéndole realizar sus propósitos. Pateó contra el suelo, imposibilitado de poder levantarse. Sus ojos se dirigieron hacia sus pies, y entonces una cuestión se planteó inopinadamente en su cerebro: ¿Cómo habían logrado derribarle las nieblas? Para ello tenía que haberse interrumpido la corriente electrificadora de las botas...

Pronto le llegó la solución a su cabeza, y se tuvo que llamar mil veces estúpido por no haber caído en ello antes. Los trajes espaciales, debido a su especial misión, estaban adaptados con botas metálicas, muy útiles para ir por el espacio gracias a su imanación, pero totalmente inservibles e incluso engorrosas en la Tierra. Por eso, esta clase de botas se habían sustituido por otras de caucho artificial plastificado, revestidas interiormente por una cubierta metálica electrificada. Así, habían pensado los ingeniosos adaptadores, si las nieblas intentaban perforar el caucho con su extraordinario poder de penetración, se hallarían con la corriente eléctrica en su interior, o sea, aunque parezca una ironía, con la horma de su zapato. En sí, el razonamiento era perfecto, salvo en un detalle: que si bien las nieblas no podían atravesar el caucho si no querían encontrarse con la red eléctrica, sí

podían agarrarse a él, que les protegía de la misma red, formando así una especie de dogal, con las catastróficas consecuencias que se habían podido ver...

Rodín volvió a mirar hacia sus botas, viendo cómo las nieblas se acercaban lentamente, cercándolo como si vieran ya una fácil presa para ellas. Por un momento le pasó por la cabeza la idea de que podía haberse desgarrado el traje en la caída, o bien podía haberse averiado la batería. Un sudor frío le perló la frente. A pocos pasos de él estaba el tubo del transformador de materia, pero no podía alcanzarlo si no era tirando del tubo de conexión que lo unía a la batería. Mas esto no quería hacerlo. No podía exponerse a que se rompiera en aquellos precisos instantes.

En aquel momento, por la adio del traje le llegaron unas palabras de aliento:

-¡No te muevas, Albert; permanece tranquilo! ¡Ahora mismo voy en tu ayuda!

Era la voz de Strassen. Intentó de nuevo ponerse en pie, fallando otra vez. Rabioso, coceó contra el suelo. Aquellas malditas nieblas... El profesor había tenido razón cuando dijo que eran inteligentes, muy inteligentes. Habían logrado inmovilizarle, derribándole. Pero el hombre también lo era, y mucho más que ellas.

¡No les duraría mucho su inteligencia!

Strassen ya debía de haber reparado en el defecto de las botas, pues Rodín lo vio aparecer por entre la blancura que le envolvía corriendo y dando coces en el aire, sin permitir en ningún momento que las nieblas lograran cerrar el dogal en torno a sus pies. Visto así, corriendo y coceando en el aire entre aquella blancura, parecía una aparición fantasmal en medio de un paisaje irreal, de pesadilla. Sin embargo, a pesar de su apariencia de irrealidad, era bien real. Rodín lo tuvo a su lado antes incluso de lo que creía. Dos manos se tendieron hacia él, ayudándole a ponerse en pie. Tras varias tentativas, lo logró. Entonces Strassen recogió del suelo el transformador de materia, y de un soplo borró las nieblas que les rodeaban.

-¿Te encuentras bien? -preguntó.

Rodín afirmó con la cabeza. Por suerte, el incidente de la caída no había traído consecuencias. El dolor de su espalda iba menguando, en tácita demostración de que sólo se había tratado del golpe. Pero al mismo tiempo,

una rabia sorda le iba invadiendo. Las nieblas debían pagar todo el daño que habían hecho, no sólo a él, sino a toda la humanidad. ¡Y él se encargaría de cobrarlo!

Será mejor volver al heliorreactor -dijo Strassen-. Ahora ya hemos demostrado a todo el mundo que el transformador de materia es el arma definitiva contra las nieblas; ya no tenemos nada que hacer aquí. Vamos.

Rodín negó con la cabeza, con un gesto rabioso en el semblante. Rápidamente, arrebató el transformador de manos del mayor.

-No -musitó lentamente-. Antes quiero hacerles saber a estas malditas nieblas que no son invulnerables. ¡Y se lo voy a hacer saber ahora mismo!

Y, con el transformador de materia entre las manos, a toda potencia, se lanzó ferozmente hacía adelante. Pero ahora tuvo la precaución de enfocarlo también hacia sus pies...

* * *

Cuando regresó al interior del heliorreactor mucho tiempo después, sudoroso, excitado, alrededor del aparato había un inmenso claro en el que las nieblas habían desaparecido completamente. Cierto que aquel claro no tardaría en volver a llenarse con otras nieblas, pero aquello era como una señal, como un símbolo. Algo que demostraba que las nieblas podían ser vencidas completamente...

A pesar de la insistencia de Strassen porque volviera al interior del aparato, a pesar de las súplicas de Elizabeth y de los razonamientos de Vaillon, Rodín había permanecido allá fuera, empuñando el transformador de .materia, hasta que las baterías casi se agotaron. Entonces, cuando su ira y su odio feroz hacia las nieblas fueron decreciendo convirtiéndose en un simple razonamiento, dio media vuelta y volvió hacia el heliorreactor. En su pecho, en vez del odio, ardía ahora una llama: la del triunfo, la de la seguridad de la victoria.

¡El hombre volvía a ser dueño del mundo que se le había dado! ¡Nadie podría ya arrebatárselo!

Quitándose el casco y despojándose de la pesada batería, se enjugó el sudor que perlaba su cara debido al esfuerzo realizado. El profesor y Strassen acudieron a felicitarle. Elizabeth, en un impulso incontenible, se arrojó hacia él, pasándole los brazos alrededor del cuello.

-¡Oh, Albert! -exclamó-. ¡He pasado mucho miedo! ¡Cuando vi que

caías al suelo...!

Robín esbozó una sonrisa.

-No te preocupes -replicó-. Todavía no hay nada que pueda hacer caer a Albert Rodín sin posibilidad de levantarse de nuevo... siempre que tenga a su lado a alguien que le ayude.

Strassen sonrió abiertamente, meneando la cabeza de un lado para otro. Cuando en el exterior vio que Rodín no le hacía ningún caso a sus palabras, se hizo el propósito de pegarle una bronca fenomenal. Sin embargo, ahora no se atrevía. ¡Diablo, él también había sentido en más de una ocasión la necesidad de emprenderla a mamporros con la niebla, aunque ello no sirviera de nada!

Por el altavoz de la emisora del heliorreactor llegaban continuamente las voces de los ocupantes de los restantes aparatos, en constantes frases de felicitación. Sin embargo, ni Rodín, ni Strassen, ni Vaillon, ni Elizabeth, las escuchaban. Parados frente a la ventanilla del aparato, contemplaban cómo las nieblas iban avanzando lentamente, cubriendo poco a poco el espacio vacío que habían dejado sus compañeras desaparecidas. Pero aquello no importaba. En los ojos de todos se pintaba la esperanza del futuro...

Rodín volvió su vista, y sorprendió la mirada de la muchacha. Alargando un brazo, la rodeó por los hombros y la atrajo hacia sí. Se dijo que, desde que en el jardín del laboratorio, aquella noche, la viera realmente como era por primera vez, cada día le gustaba más. Y suponía que los sentimientos de ella eran recíprocos a los suyos. Claro que todavía habría de pasar mucho tiempo antes de que pudieran dedicarse por entero el uno al otro. Todavía quedaba mucho por hacer antes de que la Tierra se viera libre de la amenaza de las nieblas. Deberían construirse grandes cantidades de transformadores de materia y preparar brigadas especiales de soldados para combatirlas. También debería arreglarse el defecto de las botas de los trajes espaciales. Por otra parte, deberían montarse servicios especiales para localizar los mínimos brotes de niebla, con el fin de eliminarlas totalmente, sin dejar nuevo resurgimiento. En conjunto sería un trabajo arduo, difícil y peligroso el acabar completamente con todas ellas, pero al final saldrían vencedores. El hombre salía vencedor de todos los peligros. Y la escena de aquella lucha que Rodín había sostenido contra las nieblas, retransmitida por todas las redes de televisión y comentada por todas las cadenas de radio del mundo entero, sería

como un símbolo. El símbolo de la victoria del hombre contra el invasor...

Después, una vez se hubiera terminado definitivamente con el peligro... siempre quedaría el recuerdo de la amenaza que podía haber acabado con toda la vida organizada sobre la Tierra. Mientras el aparato, guiado por las hábiles manos del piloto, se elevaba alejándose de las nieblas y poniendo rumbo a Los Ángeles, Rodín pensó que aquel recuerdo sería siempre como un toque de alerta, como un mensaje a todas las generaciones futuras. Un mensaje en el que se diría que no sólo puede ser invadida la Tierra por elementos humanoides con forma de algún otro animal terrestre conocido. También podían existir otra clase de invasores. Unos invasores extraños, desconocidos, y que podían adoptar una apariencia tan inofensiva como la de aquellas al parecer innocuas nieblas blancas...

FIN

INDICE

JAIMITO

la publicación infantil más graciosa
e interesante

PUBLICA MENSUALMENTE

SELECCIONES DE JAIMITO

un extraordinario con

36 PAGINAS

Rebosantes de historietas cómicas, chistes, aventu
y pasatiempos, seleccionados para diversión y rec
de los lectores.

UNA PUBLICACION CREADA

Para alegrar y diverti

¡QUE HA CONSEGUIDO SU OBJETIVO!

Léala y será de los nuestros.

173

¿Cree usted que existe una semilla capaz de prolongar la vida humana CASI INDEFINIDAMENTE? ¿Ha imaginado, con todas sus consecuencias brutales, que esto pudiera acontecer en la feroz vegetación submarina... DE OTRO MUNDO?

JOE BENNETT

El autor de las sorpresas, nos conduce ahora por un sendero alucinante e increíble. Tome nota de este título, porque corresponde a la novela de "science-fiction" más excitante de cuantas usted habrá leído:

SUBMARES DE MUERTE

¡No queremos anticiparle nada! ¡Nos agradecerá el secreto, porque así quedará en su mente eterna huella de este relato! Una flor que proporciona vida extensa y por la que, paradójicamente, se cometen las más atroces muertes. ¡Recuerde, amigo!

SUBMARES DE MUERTE

Próximo número gigante de un autor de garantía, que publicará en breve la extraordinaria

COLECCION

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. *Precio: 6 pesetas.*

Notes

[←1]

Satélites, los dos primeros,, de Júpiter y Marte respectivamente.

[]

Aunque en la actualidad la capital federal de los Estados Unidos no llegue a la cifra de dos millones de habitantes, el autor supone que, en la época de este relato, la habrá con mucho alcanzado e incluso, quizás, superado.

[←3]

Según se verá más adelante, al explicarse la composición de las nieblas, éstas, debido a su microscópico tamaño individual, no viven aisladas, sino formando colonias, al estilo de los corales y otras plantas terrestres. Por tanto, la expresión «la niebla» o «una niebla» en singular, usada en el transcurso de esta novela, no debe traducirse como un organismo, un ente único y aislado de éstas, sino una pequeña porción del todo que forman el conjunto global de las nieblas, completamente separado de las demás.

[←4]

Hasta el momento actual (1960), la división máxima que ha logrado hacerse de la materia ha sido en neutrones, protones, positrones y negatrones. Sin embargo, se sabe que éstos no son elementos simples, sino que a su vez están constituidos por otro elemento, material o energético, idéntico y único en todos ellos. Este elemento constituye la base fundamental, primaria y única de toda materia. Mas, si bien hoy su existencia está reconocida científicamente, hasta ahora no ha logrado identificarse su naturaleza, separarse ni estudiarse independientemente, a pesar de los constantes experimentos que se han hecho y se hacen continuamente sobre el particular.

El autor, anticipándose a un avance científico que indudablemente, vistas las circunstancias, no ha de tardar en llegar, da a este elemento desconocido el nombre de «ultramicrón» (de ultra, más allá, y micrón, lo más pequeño), atribuyéndole una naturaleza material y dando por descontado que, en la época de este relato, se habrá podido ya aislar, estudiar y analizar debidamente.

[]

Como es sobradamente sabido, los átomos no son elementos macizos, sino que sus componentes giran uno alrededor de los otros, dejando entre ellos una gran parte de espacio vacío. Por lo tanto, no es de extrañar que unos elementos tan simples como tienen que ser los ultramicrones puedan penetrar en ellos hasta su mismo núcleo, sin hallar relativamente ningún obstáculo a su paso.

[←6]

Los componentes del átomo, al girar unos alrededor de otros, forman una especie de sistema planetario en el que la estabilidad de las masas está equilibrada mediante la compensación de fuerzas eléctricas, positivas y negativas. Por lo tanto, si alguno de los elementos que componen el átomo, por pequeño que sea, es destruido o eliminado, al igual que sucede con el método del bombardeo atómico, este equilibrio se rompe, y el átomo se destruye instantáneamente al perder su cohesión interna.



La materia orgánica, tanto animal como vegetal, a pesar de estar constituida fundamentalmente por carbono, tiene una complejidad de elementos simples extraordinaria. Por eso, sus moléculas son las que tienen mayor número de átomos de diferente especie y, en conclusión lógica, mayor cantidad de ultramicrones.

[←8]

Sabiendo y aceptando que el átomo, sea cual sea su especie, está formado por un elemento único y común en toda la materia, y que la única variación entre los distintos componentes de ésta se encuentra en su número y orden de colocación, es fácil darse cuenta de que, cambiando adecuadamente éstos, la materia en cuestión también cambiará. Y si bien hoy, debido a lo poco que se sabe sobre la estructura íntima del átomo, este experimento es imposible de llevarse a la práctica, científicamente es considerado como posible e incluso susceptible de ser realizado en un futuro quizá no muy lejano.

[]

Como ya se ha indicado anteriormente, las masas de los componentes del átomo guardan entre sí un perfecto equilibrio eléctrico. Por lo tanto, añadiendo cargas de frecuencia especial, se podría desbaratar este equilibrio, lo cual traería consigo la separación de los elementos del átomo, en un proceso muy semejante al de la desintegración atómica por elementos radiactivos.

[]

Como es sabido el hidrógeno solamente está constituido por un protón y un electrón, por lo que durante mucho tiempo (de hecho hasta que se descubrió la verdadera constitución y naturaleza íntima del átomo) se le consideró como el elemento más primario y el fundamental de la materia.